

**Las orationes de Lucio Marineo Sículo  
(con unas notas sobre epístolas panegíricas y discursos epistolares)<sup>1</sup>**

Teresa Jiménez Calvente  
Universidad de Alcalá

*Para Juan Gil, maestro de latinistas*

**1. Los discursos panegíricos de Marineo: a medio camino entre la *oratio* y la carta.**

Cuando en 1514 el siciliano Lucio Marineo Sículo publicó en Valladolid sus *Epistolarum familiarium libri XVII*, estaba ofreciendo al público algo más que un extenso epistolario, pues esas cartas formaban parte de un volumen más amplio en el que además se incluían cinco discursos (cuatro suyos y uno de su discípulo Alfonso de Segura),<sup>2</sup> un par de tratados eruditos y dos libros de poemas.<sup>3</sup> En definitiva, se brindaba a los lectores unos verdaderos *opera omnia* que daban cumplida cuenta de su trayectoria literaria y, por ende, vital. Con ello, el italiano mostraba una cuidada imagen de sí mismo, en la que se realzaban sus facetas de poeta, orador y, por encima de todo, de estudioso del latín y del mundo clásico. No en vano, desde su llegada a España hacia 1484, el siciliano había querido hacerse un hueco en alguna corte nobiliaria sin descartar la corte regia. Había venido de la mano de Fadrique Enríquez, futuro Almirante de Castilla, recién casado con la siciliana Ana Cabrera, con la promesa de obtener un puesto en su casa como tutor de sus hijos, en el caso de que los tuviera. Sin embargo, Marineo pronto aceptó un puesto como docente en la Universidad de Salamanca, donde durante doce años (1485-97) enseñó Poesía y Oratoria. Si su faceta como poeta ha sido estudiada con acierto por la profesora Ramos Santana, no se ha prestado tanta atención a su perfil como orador, reflejado precisamente en los cuatro discursos mencionados y en otros que van insertos en su obra historiográfica.<sup>4</sup> Dejados a un lado estos últimos, me interesa aquí analizar la función y finalidad de esas cuatro *orationes* en la obra del italiano y cómo encajan en la oratoria de su época; de hecho, aunque las crónicas hablen del deleite con que la reina Isabel escuchaba perorar en latín, da la impresión de que los discursos latinos de

---

<sup>1</sup> Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto de Investigación “La actividad literaria en la época de los Reyes Católicos”, (FFI2008-01280/FILO), dirigido por el prof. N. Salvador Miguel, y del Proyecto de Investigación “Diccionario de humanistas complutenses”, dirigido por el prof. Luis Alfonso Hernández Miguel (FFI2009-10256), financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>2</sup> Para esa obra, me remito a Jiménez Calvente 2005.

<sup>3</sup> Para los poemas de Marineo, véase Ramos Santana 2000.

<sup>4</sup> Hasta el momento, el único trabajo monográfico sobre los discursos de Marineo ha sido el de Verrua (1915), reproducido también en Verrua (1984).

Marineo nacieron desde un principio para ser leídos y no para una verdadera declamación pública.

De entrada, las obras de Marineo reflejan su marcada vocación docente, acorde con su actividad profesional en Salamanca y, desde 1501, en la corte, donde se encargó de la enseñanza de los rudimentos latinos a los miembros de la capilla real. Así, su primera obra impresa fue una colección de poemas y de cartas ficticias que podían servir como modelos para los no iniciados. Me refiero a sus *Epistolae illustrium Romanorum ex annalibus excerptae* (aparecidas en Burgos en dos ediciones sucesivas en 1497 y 1498).<sup>5</sup> La antología va dedicada al príncipe Don Juan, muerto precisamente en 1497, que respondió agradecido con una carta en la que manifestaba su admiración por el estilo de las epístolas, calificadas de elegantes, enjundiosas, dulces y útiles (ep. I, 9).<sup>6</sup> Casi por esa misma época, Marineo publicó su *De Hispaniae laudibus* (Burgos, ca. 1496-97), una obra de corte historiográfico donde elogia a España en función de su glorioso pasado marcado por la evidente huella de Roma en su territorio. Como otras *laudationes urbium*, repasa sus dones extrínsecos (la bondad de su clima y su geografía) e intrínsecos, en referencia a las virtudes patrias, compendiadas en sus *illustres viri* (guerreros, escritores y santos). En este caso, Marineo les dedica unos sucintos elogios, en los que se acoge al patrón de las *vitae*, una auténtica adaptación y reactualización del género epidíctico.<sup>7</sup>

En este contexto, el título de *laus* nos sitúa en el ámbito del discurso, que se desborda y viene a dar en pura historiografía.<sup>8</sup> Las razones que explican el auge generalizado del discurso encomiástico a lo largo del Renacimiento son fáciles de imaginar. Por un lado, muchos humanistas tenían que buscar acomodo al lado de un mentor o mecenas, que recibía como pago a su generosidad un presente literario que podía revestir la forma de epístola, poema, crónica, discurso o cualquier otro tipo de texto, encabezado por una generosa dedicatoria, cargada de alabanzas por el amparo y las ayudas recibidas. Por otro lado, el ámbito en el que el humanista podía perorar en latín era realmente estrecho: si el marco era la universidad, se daban las circunstancias idóneas para las *orationes* de la apertura del curso, con los consabidos elogios de las letras y las ciencias, o para las *repetitiones*, una suerte de lecciones magistrales, visitantes asiduas de la imprenta.<sup>9</sup> De igual modo, en las cortes palaciegas y en el entorno ciudadano, el *orator* podía tomar la palabra para conmemorar acontecimientos

---

<sup>5</sup> Sobre esta obra, véase Jiménez Calvente 2002. Con relación a las dos ediciones diferentes de las *Epistolae illustrium Romanorum*, véase Ramos Santana 2000, lxiv-lxxi, y 2003.

<sup>6</sup> Para las epístolas de Marineo, me remito a mi edición en Jiménez Calvente 2001.

<sup>7</sup> Sobre la oratoria en el Renacimiento, véase J. W. O'Malley 1979 y 1999.

<sup>8</sup> Para las relaciones entre el *genus demonstratiuum* y el género historiográfico, son interesantes las reflexiones planteadas por Codoñer (1986).

<sup>9</sup> Otro tipo de discursos son los pronunciados para la celebración de alguna prueba o grado, según demuestra K. E. van Liere (2000), que presenta un interesante estudio sobre la naturaleza de los discursos pronunciados en el ambiente universitario y edita cinco *orationes* de Diego de Covarrubias de su época de estudiante.

de naturaleza privada (nacimientos, matrimonios, cumpleaños, decesos, etc.)<sup>10</sup> o para acompañar ciertos actos públicos, como los discursos de bienvenida a un alto personaje, para celebrar un tratado de paz, con motivo de una fiesta popular si es que no para ensalzar ciertos episodios de la vida de Cristo dentro de la propia liturgia eclesiástica. En muchos de estos casos, el humanista encargado de pronunciar la *oratio* preparaba una versión de la misma para la imprenta; de ese modo, al igual que en el Mundo Antiguo, el discurso trascendía la efímera *declamatio* y se convertía en una pieza literaria propiamente dicha.

En este proceso, un discurso consignado por escrito se hermanaba necesariamente con la epístola. Y no es de extrañar: al fin y al cabo, una epístola compuesta para ser leída en voz alta ante un nutrido auditorio, abandonadas la *brevitas et familiaritas* que le eran inherentes, se aproximaba necesariamente a la *oratio*. Ambos géneros compartían idénticos objetivos retóricos: enseñar, conmover y deleitar (*docere, movere et delectare*) y, como ya indicaban las viejas *artes dictaminis*, poseían una estructura semejante (la *salutatio* hacía las veces del *exordio*; luego venían la *narratio*, aunque la epístola no atendía a la *argumentatio*, y la *conclusio*, que en la carta solía tomar la forma de una *petitio*).<sup>11</sup> Podría decirse que en función del tema y del destinatario de la misiva, ésta podía elevar su estilo, cambiar su tono y convertirse en una verdadera *oratio* en diferido, pues, frente al discurso, debía existir una distancia física y temporal entre el remitente y el receptor del mensaje.

A pesar de las coincidencias, a medida que avanzaba el siglo XV, las proclamas en favor de la independencia absoluta de las cartas cobraron fuerza con la reivindicación de la *familiaris epistola*, caracterizada por su estilo sencillo y llano.<sup>12</sup> Pero una cosa eran las proclamas y otra los hechos; así, las cartas del llamado género grave o severo, construidas como auténticos discursos, no cayeron en el olvido. La preponderancia absoluta de la Retórica en el nuevo currículo escolar, sobre todo en Italia y otros países meridionales, facilitó que cartas y discursos se hermanasen al compartir funciones y metas, sobre todo cuando, por algún motivo, la carta rompía su proverbial sencillez narrativa. Cualquier secretario, jurisconsulto, profesor universitario o sacerdote debían manejar ambos registros, pues una carta leída en público podía hacer las veces de verdadero discurso y un discurso, puesto por escrito y remitido por correo, podía considerarse una carta. Así las cosas, la carta rompió pronto sus moldes e invadió otros géneros (el de la *oratio*, el diálogo, el ensayo, el tratado didáctico o la novela), pues no en vano se insistía en que había tantos tipos de cartas como asuntos o argumentos posibles, según se comprueba en el manual de Giovanni Mario Filelfo, donde se distinguen hasta 80 tipos de cartas. De igual modo, en un tratado tan influyente como el de Erasmo, escrito hacia 1500, se señalaba: “neque alio artificio

<sup>10</sup> A este respecto, pueden verse los trabajos de Alcina 1976 y Rico 1978.

<sup>11</sup> Sobre las artes epistolares en el medievo, sigue siendo fundamental Murphy 1986.

<sup>12</sup> Con relación a la epístola y la epistolografía, véase Jiménez Calvente 1997/1998. Un magnífico panorama sobre la epistolografía en el Renacimiento es el que ofrece Martín Baños 2005. Aunque centradas sólo en España, también resultan muy útiles las consideraciones de G. Pontón 2002.

scribitur epistola quam oratio”.<sup>13</sup> Si la carta admitía cualquier tema y era susceptible de ser enviada a cualquier destinatario, también podía cubrirse con los más vistosos ropajes.

En este contexto, no es de extrañar que entre las cartas del epistolario de Lucio Marineo leamos algunas que por su extensión y excesivo refinamiento rebasan claramente los límites de una epístola familiar. Es más, el propio autor las etiqueta a veces como *orationes*. Esto ocurre sobre todo con las cartas panegíricas, un subgénero fiel por demás a las normas del género demostrativo, según se plasma en algunos tratados de la época. Así, en el exitoso *Modus epistolandi* de Francesco Nigri, se recoge un apartado dedicado a las epístolas laudatorias, para las que se recomienda una estructura tripartita: la epístola debe comenzar con una *captatio benevolentiae* en que el autor ha de reconocer su pequeñez ante el homenajado con un hábil uso de los argumentos *ab persona* (“declararemos que, aunque nuestras fuerzas no son suficientes para alabar a tan encumbrado varón, porque sus méritos superan cualquier forma de escribir, [...] sin embargo no podemos dejar de escribir algo”); la segunda parte se destina a las alabanzas por alguna virtud o por el cultivo de alguna disciplina honrosa; en la tercera y última, el autor de la misiva debe recalcar que el elogio es merecido y no nace de la voluntad de adular.

No cabe duda de que este tipo de cartas se convirtió en un eficaz instrumento para ganarse la amistad o el beneplácito de nobles y poderosos, sobre todo de aquellos que, sin dejar a un lado las armas, aspiraban a participar de la *res publica* literaria. En el caso de Marineo, el ejemplo más claro de este uso de las cartas encomiásticas para granjearse amistades influyentes son sus *Carmina et epistolae*, un volumen impreso en Sevilla ca. 1499.<sup>14</sup> Tras la publicación del *De Hispaniae laudibus*, el italiano cayó pronto en la cuenta de que sus elogios no habían alcanzado a todos cuantos lo merecían: “no por negligencia u olvido, sino porque no pude dar cabida al gran número de hazañas españolas y de sus hombres ilustres por ser dicho número casi infinito”.<sup>15</sup> Dispuesto a colmar esa laguna, compuso un nuevo opúsculo formado por unas cuantas cartas y unos pocos poemas, todos ellos de naturaleza encomiástica. El volumen se abría con un poema por el nacimiento del príncipe Miguel; le seguía una extensa epístola dirigida *Ad illustrissimum Principem Ioannem Guzmanum Methymnae Sydoniae Ducem*,<sup>16</sup> que sirve de prefacio a otro poema laudatorio *Ad*

<sup>13</sup> Puede consultarse en la edición del *De conscribendis epistolis* de Erasmo realizada por Margolin 1971, 516.

<sup>14</sup> Existe una edición facsímil de esta obra incluida en el catálogo sobre los fondos de la Biblioteca Pública de Córdoba preparado por Iglesias Tais & Flores Muñoz 1986.

<sup>15</sup> La carta volvió a editarse de nuevo como parte de los *Epistularum familiarium libri XVII*, ep. I 18 (cito esa carta y todas las restantes a partir de mi edición del epistolario de Marineo): “Non tamen illa vel negligentia vel oblivione, sed quod Hispanarum rerum et virorum illustrium numerum, qui pene erat infinitus, comprahendere non potui.”

<sup>16</sup> Se refiere a Juan Alonso Pérez de Guzmán y Afán de Ribera (Sevilla, 1464-íd., 1507), III duque de Medina Sidonia, que destacó en algunas acciones en el norte de África. Desde este momento, las cita de

*eundem excellentissimum principem*. El librito se cerraba con unos versos en honor de Cisneros, precedidos por una breve carta en la que Marineo expone el motivo y origen estos poemas y misivas; ahí confiesa que, tras dejar Salamanca y recalar en la corte de los Reyes Católicos, había conocido a “muchos españoles que en los asuntos bélicos o en las disciplinas liberales, en sus santísimas costumbres y en las celebraciones religiosas se conducían con tanto brillo y de forma tan irreprochable que su fama y egregias hazañas no eran merecedoras del silencio, sino de las alabanzas de vates y oradores; éstos, con toda razón, podrían acusarme, si quisieran, e incluso yo mismo me confesaría reo, si no dijese absolutamente nada de ellos”.<sup>17</sup>

Dejada a un lado esta breve misiva, escrita para remitir a Cisneros unos versos en su honor, vale la pena detenerse en la carta enviada al duque de Medina Sidonia, un verdadero regalo en sí misma por no tener más cometido que desgranar una auténtica *laudatio*; por ese motivo, tras las esperables muestras de modestia por parte del italiano –incapaz, según él, de añadir brillo a tan excelso linaje–, se pasa revista a los más ilustres ascendientes del duque, pues, como señalaba la preceptiva al uso, los hombres recibían alabanzas *ex tempore quod ante eos fuit* especialmente a partir de su linaje;<sup>18</sup> en este sentido, se menciona que su tatarabuelo Alfonso de Guzmán fue digno de compararse en su aventura africana con el mismo Escipión (*orat.* III, 2); su bisabuelo Enrique, conde de Niebla, fue un egregio luchador contra los moros hasta que sucumbió en Calpe (Gibraltar); su abuelo Juan podía medirse con el propio Tito Vespasiano por su liberalidad (*orat.* III, 3-4).<sup>19</sup> Por supuesto no faltan loas a Enrique, su padre, que liberó al duque Rodrigo, asediado en Alhama, con un ejército pagado de su propio peculio (*orat.* III, 5).<sup>20</sup> El último de esta lista es, lógico parece, el

---

las *orationes* de Marineo se harán a partir de la edición de las mismas que se ofrece al final de este trabajo (*Appendix*). Los discursos se editan en el mismo orden en que aparecen en la edición de 1514.

<sup>17</sup> Véase la epístola a Cisneros en *Carmina et epistola*, Sevilla, ca. 1499, h5r (hay edición facsímil de Iglesias Tais & Flores Muñoz 1986): “Apud eos [...] quosdam Hispaniae uiros cognoui qui uel bellicis in rebus uel liberalibus disciplinis ac sanctissimis moribus et christianae religionis caerimoniis adeo clare sancteque se gerunt, ut eorum fama et egregia facinora non silentio quidem, sed et uatum et oratorum praeconiis potius digna uideantur et qui me iure profecto (si uellent) accusare possent ipseque me omnino reum esse confiterer si eos penitus intactos reliquerem”.

<sup>18</sup> Véase QUINT. 3, 7, 10-25.

<sup>19</sup> De acuerdo con Suetonio, Tito Vespasiano, a pesar de su acusada avaricia, era “in omne hominum genus liberalissimus” (SVET. VIII 17).

<sup>20</sup> Enrique Pérez de Guzmán y Meneses (?-1492) participó en las guerras de los Reyes Católicos contra el Reino de Granada y destacó en la toma de Alhama (1482) y de Málaga. Éste fue hijo natural de Juan Alonso Pérez de Guzmán y Orozco, I duque de Medina Sidonia, (Niebla, 1410-Sevilla, 1468). Sin embargo, Marineo confunde en alguna ocasión a los distintos miembros de la casa de Medina Sidonia; así, en su *De Hispaniae laudibus* incluye un elogio a Juan de Guzmán (posiblemente Marineo confunde los nombres pues su elogio parece hacer referencia a Enrique, padre del III duque de Medina Sidonia, y no a Juan como se indica en la rúbrica [fol. liii r]):

Quid enim fecit (ut omnes alias laudes eius omittam, quae plurimae sunt et inmortales) quum ad Rodericum ducem Gaditanum a Mauris obsessum magno comparato subsidio profectus est? Qua in re et ingentem liberalitatem et humanitatem singularem et

destinatario de la misiva, Juan Alonso de Guzmán, III duque de Medina Sidonia (*orat.* III 6); de nuevo, Marineo afirma que su elocuencia no está a la altura de las hazañas de este noble, ejemplo cumplido de justicia, piedad y de vida santa. Con tales antecedentes y en atención a la propia personalidad del duque, sólo cabe suponer que en el futuro, si sigue así, realizará hazañas aún mayores, pues sus virtudes personales se ven realizadas por sus innegables éxitos públicos, como ha demostrado recientemente en Melilla, ciudad tomada por sus hombres, a los que dio ánimo con sus palabras (este hecho, que tuvo lugar en 1497, es un auténtico *terminus post quem* para fechar la misiva).<sup>21</sup> Precisamente, conmovido por esa hazaña, Marineo había decidido componer unos versos en su honor que enviaba junto con su misiva, con la promesa de acometer en el futuro una obra de más empeño para cantar sus alabanzas y las de sus antepasados. En esa obra futura –anuncia– habrá lugar para contar otras hazañas que ahora sólo citará a vuelapluma, incluso con un lenguaje poco adecuado, porque eso es preferible a que éstas caigan en el olvido. Como anticipo de esa historia futura, entre las muestras de su valía política, están el generoso recibimiento y la cálida acogida dispensados en Sevilla a los Reyes Católicos, a la reina de Nápoles y a algunos próceres eclesiásticos, tras su vuelta de Granada, y su valiente actuación en Lanjarón (*orat.* III, 7). Pero la lista de méritos no acaba ahí; a ellos hay que añadir su cultivo de las disciplinas liberales y las artes así como su labor de mecenazgo hacia los estudiosos. Por todo ello, Juan de Guzmán se ha hecho merecedor, a ojos de Marineo, de este pequeño regalo epistolar y de unos versos conmemorativos, también calificados de menores por estar compuestos en dísticos en vez de hexámetros. “Con todo –le dice– no dudo de que te gustarán muchísimo cuando sepas que han sido enviados por un espíritu absolutamente rendido a ti” (*orat.* III, 7). La carta concluye con el habitual *Vale, Hispaniae gloria et decus amplissimum ac Siculum tuum esse semperque futurum sine dubio credas.*

Llama la atención que en la edición de los *opera* en 1514 esta carta apareciera entre las *orationes* supuestamente pronunciadas por Marineo, cuya naturaleza oratoria viene marcada por un añadido: un solitario y significativo *dixi* final. Entre una y otra versión apenas hay cambios, pues sólo se retocan algunos términos, ciertos sintagmas y unas cuantas expresiones; de hecho, se mantiene el *vale* característico de cualquier misiva. Tampoco se han eliminado las referencias específicas al poema compuesto en su honor, que, por supuesto, no se incluye tras la *oratio* sino más adelante, como parte

---

pietissimum animum erga cultum christianae religionis ostendit, conuocatis enim militibus publicis preconum uocibus omnibus stipendia liberalissime persoluit et contra Mauros christiane fidei hostes acerrimos Rodericum ducem Gaditanum sibi ex longo tempore inimicum propter christianum nomen fortissime defendit.

<sup>21</sup> Estos sucesos los refieren Pedro Barrantes Maldonado en sus *Ilustraciones de la casa de Niebla (1537-1573)* (hay edición moderna de Devis Márquez 1998) y Pedro de Medina, *Crónica de los Duques de Medina Sidonia*, concluida en 1561, donde se recogen las vidas de los doce primeros duques (el texto puede leerse en CODOIN, 39, Madrid, 1861). Sobre la conquista de Melilla y la participación del Ducado de Medina Sidonia, véase también Castrillo Márquez 2000.

de los dos libros de poemas que cierran el volumen. Algo semejante ocurre con la *oratio* que sigue a ésta en la edición de 1514, dirigida *Ad Rodoricum Pementellum Beneventi comitem magnanimum*, publicada antes como carta-prefacio para dedicar el *De Hispaniae laudibus* al conde. Según cuenta Marineo, cuando en cierta ocasión se desvió a Benavente, Rodrigo de Pimentel lo acogió con magnificencia y lo colmó de regalos. En pago a tales atenciones, Marineo compuso en su honor el *De Hispaniae laudibus*, pues nadie en España era más digno de su pluma que él, un varón engalanado con los dones de fortuna, ingenio, cuerpo y naturaleza (*orat.* IV, 1-2). Ante tales virtudes físicas y morales, España entera debía sentirse orgullosa por contarle entre sus próceres, al igual que Italia se enorgullecía de sus prohombres; así, el conde de Benavente era comparable en virtud a los Escipiones, a Lucio Quinto Cincinato y a Papirio;<sup>22</sup> en constancia, superaba a Quinto Fabio;<sup>23</sup> en moderación, a Valerio Públicola y a Furio Camilo (*orat.* IV 4).<sup>24</sup>

La lista de hombres ilustres del pasado no acaba aquí, pues el sobrepajamiento también se realiza con relación a los romanos Fabio Máximo, Quinto Considio, Tito Quinto Flaminio,<sup>25</sup> y a los sicilianos Hierón de Siracusa y Casio de Agrigento (?),<sup>26</sup>

<sup>22</sup> Se refiere al cónsul y dictador Lucio Quinto Cincinato, considerado por los romanos ejemplo extremo de honradez y rectitud, según se pone de manifiesto en sus actuaciones políticas y militares. Lucio Papirio Cursor, cónsul y dictador, fue un héroe de la Segunda Guerra Samnítica. Su actuación contra Fabio Rulliano, vencedor contra los samnitas en 325 a. C., por desobedecer sus órdenes, puso de manifiesto su extrema severidad y nula flexibilidad, según lo refiere Tito Livio en los libros 8 y 9.

<sup>23</sup> Se refiere, casi con toda seguridad, a Quinto Fabio Máximo Cunctator, (ca. 275-03 a. C.), cónsul en cinco ocasiones, dictador dos veces y pontífice durante doce años, pieza clave en la victoria de los romanos en el Segunda Guerra Púnica. Contra la pretensión de muchos romanos de hacer frente a Aníbal, Quinto Fabio adoptó una técnica de dilación que a la postre resultó favorable.

<sup>24</sup> Publio Valerio Públicola fue colega de Junio Bruto, los dos primeros cónsules romanos tras la expulsión de Tarquinio el Soberbio en 509 a. C.; en cuanto a Marco Furio Camilo (446-365 a. C.), que llegó a celebrar cuatro triunfos y fue nombrado dictador en cinco ocasiones, fue considerado el segundo fundador de Roma tras la invasión de los galos.

<sup>25</sup> No sé exactamente a qué Fabio Máximo se refiere Marineo, pues además del Cunctator, hay otros ilustres romanos con ese nombre. De hecho, la familia de los Fabios dio muchos cónsules a Roma desde los primeros tiempos de la República. Entre los individuos famosos de este clan destaca Quinto Fabio Máximo Emiliano, hijo de Lucio Emilio Paulo, adoptado por la familia de los Fabios, hermano por tanto de Escipión Emiliano, y famoso por su lucha contra Viriato (145-44 a. C.) y su actuación en Numancia. Con todo, el que su nombre aparezca al lado de Quinto Considio, me hace pensar que Marineo lo haya entresacado de su lectura de Tito Livio y, más en concreto, del libro II, donde se narran los primeros tiempos de la República, con sus luchas intestinas y las reformas agrarias, en que la familia de los Fabios tuvo actuaciones memorables (Livio II, 48). Con relación a Quinto Considio, aparece citado como promotor de una ley agraria en Livio II, 52, 3. Tito Quinto Flaminio (Flaminio en el texto latino de Marineo –ha sido el profesor José Luis Moralejo quien me ha hecho reparar en este error–) fue el vencedor de Filipo V de Macedonia en la batalla de Cinoscéfalos, por lo que fue considerado el libertador de los griegos.

<sup>26</sup> En cuanto a los dos últimos de la serie, están mencionados sin duda por su procedencia siciliana, como Marineo; de hecho Hierón de Siracusa fue especialmente famoso por ser mecenas de los grandes poetas griegos, como Simónides o Baquílides, de ahí su mención como generoso; sin embargo, no sé a

mencionados por virtudes tales como la munificencia y liberalidad. Está claro que con este apretado repaso de ilustres romanos Marineo pretendía deslumbrar al conde de Benavente. No le importaba que los nombres fueran desconocidos para el noble, pues su intención era equiparar a su homenajeador con grandes hombres de la Antigüedad, en tal número que no podía sino sorprenderle. Puestas de relieve sus muchas virtudes, “¿para qué voy a recordar tus sabias y valerosas gestas?” (*orat.* IV, 5) –le dice–. Según Marineo, Pimentel estaba por encima de todos los demás nobles, que estaban obligados a reconocer esa supremacía, porque bajo su mecenazgo se había compuesto el *De Hispaniae laudibus*, única garantía de que sus nombres obtendrían fama futura. De ese modo, con una hábil transición, Marineo elogia la importancia de su obra y la vincula al destino del conde. Más aún –prosigue–, incluso los propios Reyes Católicos le estarán, en cierto sentido, agradecidos, pues sus alabanzas de España son, en definitiva, una auténtica loa de los soberanos (*orat.* IV, 5). En resumen, todo el mérito recae en Rodrigo de Pimentel, verdadero auspiciador de este trabajo (“ut tibi tamen ipsi satisfacerem et obsequium praestarem, hanc scribendi provinciam et supra vires onus assumere non dubitavi” [*orat.* IV, 6]).

En esta hábil concatenación de argumentos nada quedaba sin cubrir. Consciente de lo limitado de sus fuerzas, Marineo exonera al conde de cualquier culpa en el caso de haber omisiones, que él mismo subsanará más adelante. Ahora, de momento, le envía esta obra para su magnífica biblioteca, lo que refuerza la idea de que la carta se escribió para acompañar su *litterarium munus*. Ya en su palacio, ese ejemplar, continúa Marineo, podrá contemplar “también tus excelentes hazañas dentro y fuera de casa, observará además el prestante donaire de tu cuerpo, la dignidad de tu rostro y tu proporcionada belleza; verá incluso tu clarísima progenie y a tu hijo el marqués, el más hermoso entre la juventud española” (*orat.* IV, 7). Esa descripción final de la casa solariega del patrono y la alusión a su descendencia, garantía segura de la perpetuación de su linaje, son el broche perfecto para esta breve carta dedicatoria, que se ofrece como un merecido regalo a quien considera su protector. Como carta que es, se cierra con el consabido “vale, comes excellentissime, spes bonorum certissima et Hispaniae decus amplissimum”; con todo, en la edición de 1514, la fórmula va seguida de un lacónico *DIXI* y aparece entre las *orationes* del siciliano.<sup>27</sup>

---

quién se refiere al hablar de Casio de Agrigento (los más famosos tiranos de Agrigento fueron Fálaris y Therón).

<sup>27</sup> Como nota curiosa cabe señalar que, años después, Marineo quiso congraciarse con el hijo de Rodrigo de Pimentel y, para ello, le recordó la vieja amistad que había mantenido con su padre (*ep.* XVI, 26). Sin embargo, de esa carta se desprende que el joven Alonso de Pimentel no tenía noticias de la relación entre su padre y Marineo, y eso a pesar de que al final del *De laudibus* se imprimió una carta del italiano al joven, donde volvía a explicar que dedicaba su obra al Conde en atención a su generosidad hacia él y le pedía que se convirtiese también en su defensor: “Hac igitur epistola librum, qui in lucem prodire non audebat et iniquam invidorum atque obtrectatorum censuram metuebant, tibi commendare decrevi.” Esta carta al joven hijo del Conde volvió a publicarse en el epistolario de 1514 (*ep.* I, 16).



Una vez más, carta y *oratio* se hallan íntimamente ligadas y sirven para granjearse el favor o la amistad de un poderoso. En realidad, ambos escritos son concebidos como un regalo literario, que el destinatario puede mostrar con orgullo a los demás, pues se ha escrito pensando no sólo en el receptor sino en un lector múltiple. En el caso de la carta-discurso al duque de Medina Sidonia, se trata de un elogio en toda regla y precede el envío de un poema igualmente encomiástico, *Ad eundem excellentissimum principem eiusdem Siculi carmen*, que fue editado en dos ocasiones, en 1499 y en 1514. La del conde de Benavente es una epístola dedicatoria, con la que le remite el *De Hispaniae laudibus*, que pone bajo su protección. Todo ello induce a pensar que, para este humanista, ambos géneros no sólo tenían puntos en común, en consonancia con el parecer de sus coevos, sino que era imposible distinguirlos. Vertido en el molde de una carta o de un discurso, el elogio al poderoso era una herramienta preciosa e indispensable para alguien que, como él, tenía la necesidad de medrar en el ambiente cortesano. Una vez cumplida esa primera función, la de agasajar, la publicación de esos textos le reportaba además fama como maestro, pues esos discursos y cartas podían ser utilizados como modelos literarios de un género que era preciso dominar.

De hecho, el último de los cinco discursos publicados por el italiano, la *Oratio ad Alfonso Aragonum de laudibus et pontificatus et regni diligentissime eius gubernationis*, escrita por su discípulo Alfonso de Segura, es un puro ejercicio escolar en esta misma línea. Este joven jienense, formado en Alcalá de Henares con Hernando Alonso de Herrera, entró en contacto con el humanista italiano alrededor de 1509. Después de un primer encuentro, Marineo quedó impresionado por el joven y decidió convertirse en su mentor, según se refleja en la extensa correspondencia mantenida por ambos, recogida en el epistolario del italiano. En algunas de esas cartas, Marineo le recomienda vivamente imitar a Cicerón para mejorar su elocuencia y le aconseja ejercitar la pluma para reforzar lo aprendido. Segura, discípulo obediente, hizo caso a sus recomendaciones y le remitió un completo elogio a modo de *vita*, en que recoge todo lo relativo a Marineo y su labor erudita. En definitiva, el ejercicio del *genus demonstratiuum* (que le envía junto con una carta [*ep.* VI, 2]) lo reconduce hacia el género de la biografía y, más en concreto, al novedoso género de las *vitae poetarum*.<sup>28</sup> Así, concibe su escrito un auténtico regalo y una manera de demostrarle que, de algún modo, seguía sus consejos:

A menudo, si recuerdas, cuando me exhortabas a que insistiera en la teoría retórica (*ars*) y la imitación y a que, en último término, cultivara mi pobre talento con el ejercicio asiduo de la escritura, te respondí que me aterraba sobremanera la *inuentio*. Pero al darle vueltas a esto día y noche, y al considerar que sería útil hacerlo, acepto contra mi instinto natural la materia que acerca de ti se me ofrecía espontáneamente, no porque con

<sup>28</sup> En Jiménez Calvente 2001, 26-31, se ofrece una traducción completa de esa *Vida de Lucio Marineo Sículo*.

ello piense que puedo devolverte algún favor por parecerme que te hago inmortal, pues esto no podría conseguirlo con exactitud sino otro Lucio (además tú mismo te has hecho inmortal por ti mismo y también sé que este papel morirá algún día), sino porque deseo vivamente, siguiendo tu queridísimo consejo, hacerme un favor a mí mismo y deseo que comprendas que yo te correspondo de algún modo en afecto. (*ep.* VI, 2, 4)

Poco después, Segura ideó un nuevo ejercicio retórico y, a instancias nuevamente de Marineo, escribió un extenso discurso en honor de Alfonso de Aragón, Arzobispo de Zaragoza, patrono del italiano en aquella época. Desde un principio, aquella *oratio* nació para la lectura, pues fue remitida al arzobispo a modo de carta, según lo atestiguan las tres misivas que la preceden.<sup>29</sup> Por ellas sabemos que Segura envió, en primer lugar, el discurso a Marineo, que elogia la labor de su discípulo, al que augura un gran éxito en su dedicación a las letras. Tras recibir la aprobación del maestro, Segura le remite el discurso al Arzobispo acompañado de una carta en que reconoce que ha escrito la *oratio* instigado por Lucio Marineo y por Gaspar Barrachina, y le pide perdón por acometer una tarea que excede, con mucho, su capacidad y talento.

Ese discurso, claramente inspirado en el *Pro Marco Marcello* de Cicerón, nos sitúa ante una oratoria privada de *memoria* y *actio*. A pesar de ello, no cabe duda de que quien recibía tal agasajo tenía motivos para enorgullecerse de ser el destinatario de una pieza que ponía de manifiesto su relevancia social y su competencia literaria en un contexto en que leer o componer textos en latín (poemas, cartas y discursos) eran síntomas evidentes de refinamiento cultural. Por su parte, el autor de estos panegíricos demostraba su talento al tiempo que conseguía acercarse a un poderoso. En aquel mundo cortesano, la búsqueda de un mecenas o patrono marcó la vida de muchos hombres de letras, ansiosos por demostrar que su labor erudita tenía verdadero sentido. De ahí que la generosidad en el mecenazgo y una acusada sensibilidad artística sean virtudes especialmente reseñadas en todos esos elogios. Así, en la *oratio* al duque de Medina Sidonia, Marineo señala:

A tan grandes virtudes se añade una, excelentísimo duque, de la que te puedes gloriarse justamente ante los demás próceres de España, pues sólo tú cultivas las disciplinas y artes liberales, y favoreces a quienes las estudian. (*orat.* III, 7)

Ese mismo aliento preside la opinión de Marineo sobre el mecenazgo del conde de Benavente:

Retírense ante ti, ilustre conde, todos los próceres de España y que no sólo se retiren sino que incluso reconozcan que te deben muchísimo, pues

---

<sup>29</sup> Para un estudio completo sobre este discurso, me remito a Jiménez Calvente 2005.

gracias a ti su virtud no se borrará nunca. Es más, que los hombres de España no sólo reconozcan que están en deuda contigo, sino que incluso España entera lo reconozca, pues se ha hecho más ilustre gracias a tus virtudes. Es más, gracias a ti, yo he celebrado sus alabanzas por escrito. (*orat.* IV, 5)

Y, por si no quedaba clara su adhesión, dentro del *De Hispaniae laudibus*, Marineo insertó también un completo elogio del mismo conde en la sección dedicada a los *illustres uiri*, donde vuelve a incidir en su curiosidad por el estudio (fol. xli v.-xlii r): “delectatur philosophorum praeceptis et doctorum hominum sermone. Exterarum gentium mores ac uirtutes scire uehementer optat et diligenter inquirit”.

Del mismo modo, en la *Oratio* a Alfonso de Aragón, después de ponderar las muchas virtudes que igualan al Arzobispo con su padre el Rey Fernando, Alfonso Segura ensalza su generosidad con los hombres de letras:<sup>30</sup>

Por otra parte, para los estudiosos de las buenas artes ningún auxilio, ningún numen está más presente y más cercano en ningún lugar del mundo. A éstos los proteges y preservas de la ínfima consideración y del desprecio de todos, de modo que, cuando elevas a uno a alguna dignidad y a otro lo asciendes a un cargo importante, sostienes a las letras que estaban ya casi a punto de caer con una celebridad honrosa para tu nombre, ejemplo del todo conveniente para los demás príncipes.

Estas proclamas servían para validar esos comportamientos, pues en estos escritos el *orator* se revestía de la *auctoritas* característica del sabio o consejero, capaz de decir al noble lo que debía hacer. En otras palabras, con estos escritos se pretendía reforzar la actividad del mecenazgo, que se presentaba como un medio eficaz para alcanzar la gloria futura, aquella que sólo otorgaban las letras.

## 2. Otros dos discursos de Marineo: una advertencia y un prólogo

Además de los discursos al duque de Medina Sidonia y al conde de Benavente, en la edición de 1514 conservamos otras dos piezas oratorias de Marineo: el discurso que abre la selección de *orationes*, pronunciado supuestamente ante los Reyes Católicos para advertirles sobre la mala situación de la Iglesia en Sicilia, y una *Laus Historiae*, que va en segundo lugar y constituye un perfecto ejemplo de *laus litterarum*, común

---

<sup>30</sup> Véase Jiménez Calvente 2005, 78: “Iam vero bonarum artium studiosis nullum auxilium nullumque numen praesentius et magis proprium usquam gentium aliud est. Quos ab ima faece et omnium despectu ita tueris et conservas ut cum ad dignitatem erigas hunc, illum autem ad honorem amplum evehas, litteras iam iam prope casuras cum celebritate tui nominis satis honorifica sustineas, caeteris principibus decentissimum exemplum”.

en el ámbito universitario, aunque aquí se trate de un prólogo dirigido exclusivamente al rey Fernando.

El primer discurso es un ejemplo claro del llamado *genus deliberatiuum*;<sup>31</sup> con sus palabras, el italiano pretende alertar a los soberanos sobre un problema que afecta a la gobernación de Sicilia al tiempo que les propone una solución para el mismo. De ese modo, Marineo atiende a un doble propósito: por un lado, presentarse como un súbdito atento y servicial, capaz de aconsejar en asuntos importantes y delicados; por otro, ensalzar la figura de los soberanos (en correspondencia con el *officium suadendi* propio de este tipo de discursos), a quienes describe como príncipes preocupados por los asuntos terrenos y los divinos, que, al final del camino, les facilitarán el acceso a la vida eterna. Frente a las otras piezas del corpus, tenemos constancia de que los soberanos llegaron a leer este discurso, según se desprende de la breve nota remitida por la Reina Isabel e inserta tras la *oratio*, en que agradece al italiano su exposición y le promete algún tipo de gratificación por sus desvelos:

Sículo, grato nos fue tu discurso, grata tu piedad hacia Dios, grata tu disposición hacia nosotros y tus desvelos hacia tu patria. Por eso, de buen grado, te libramos de la preocupación que, no sin motivo, fatiga tu ánimo y el nuestro. Lo que pides no sólo es justo y honesto, sino también pío, santo y necesario. Por ello procuraremos que todos los pontífices de Sicilia marchen hacia sus iglesias y te gratificaremos por tu diligencia.<sup>32</sup>

Cargado de razones y vivamente preocupado, Marineo toma la palabra para poner sobre aviso a la reina Isabel y el rey Fernando sobre un problema que requiere su intervención. Sin embargo, antes de eso y para acrecentar el interés del regio auditorio (*attetum parare*), Marineo, hábil en el manejo de los tiempos, pretende alimentar la expectación de los soberanos con una estudiada dilación, en la que se disculpa por no haber roto antes su silencio. Su implicación personal en el problema y su rendida admiración por los soberanos son los dos elementos fundamentales de este introito:

Una gran preocupación que no deja descansar a mi espíritu, ajetreado en sus continuos pensamientos, me tiene en ascuas desde hace tiempo, Rey y

<sup>31</sup> Según la opinión de Verrua (1984, 311), la *oratio* a los Reyes Católicos “e di una grande efficacia, per potenza di argomentazione, per splendore di forma, oltreché per il senso di rettitudine et onestà che la pervade tuta, e ne accresce l’attrattiva”.

<sup>32</sup> El hecho de que la Reina le responda por escrito puede ser un indicio de que el discurso le llegó también por escrito. En cuanto a la carta de la soberana, dice lo siguiente:

Sicule, grata nobis fuit oratio tua, grata pietas in Deum, gratus animus erga nos et in patriam sollicitudo. Libenter igitur te leuabimus hac cura quae animum tuum atque nostrum non sine causa fatigat. Est enim quod petis non modo iustum et honestum, uerum etiam pium, sanctum et necessarium. Itaque curabimus ut omnes Siciliae pontifices ad suas proficiscantur ecclesias et tibi pro tua diligentia gratificabimur.

Reina, príncipes cristianísimos, no por mis asuntos, que no son nada, sino por esas cosas que atañen a vuestra consideración y a la salvación de vuestras almas y que, además, tienen que ver con el culto y el honor de nuestro Redentor. En primer lugar, mi sentimiento de piedad hacia la religión cristina, después, mi extremado y continuo celo hacia vosotros y, en última instancia, mi poderosísimo amor hacia la patria, a la que mucho se deben los hombres, me han empujado desde hace ya tiempo a tomar la palabra sobre estos asuntos ante vuestra regia majestad. (*orat.* I, 1)

Con este inicio, Marineo hace hincapié en su propia congoja y dolor ante una demora que no era imputable a él, sino a la agitada vida de los monarcas. Por lo demás, se trata –dice– de un problema acuciante y de enorme trascendencia, que afecta a la raíz de la religiosidad de los monarcas; por ello, éstos deben prestar atención a sus palabras:

No es un asunto menor el que hoy voy a exponer, príncipes cristianísimos, ni algo que vosotros, hombres especialmente religiosos, debáis menospreciar; antes bien, debéis tomároslo con la mayor preocupación y el máximo interés si veláis por la fe católica, si es que veláis también por la religión de Jesús, como soléis. (*orat.* I, 3)

Llegados a este punto, Marineo habría logrado, a buen seguro, captar la atención de los soberanos, alertados sobre un asunto que, posiblemente, desconocían. Desde los primeros compases, el exordio se articula en torno a tres ideas fundamentales: en primer lugar, la constatación de que Marineo no es un mero relator de los hechos, sino parte afectada, por lo que asegura hablar espoleado por sus sentimientos de lealtad hacia los soberanos y sus compatriotas de Sicilia, y su amor hacia su tierra natal (*orat.* I, 1); en segundo lugar, la idea de que el problema tiene una dimensión religiosa, un espacio de actuación especialmente sensible para unos reyes que habían recibido el sobrenombre de Católicos (*orat.* I, 2-3). En tercer lugar, la aseveración de que sus súbditos sicilianos están expectantes y confían en unos soberanos por quienes siempre han sentido afecto y admiración (*orat.* I, 2). Tras este estudiado comienzo, la *narratio*, clara e impactante, expone unos hechos que necesariamente obligarán a los Reyes a actuar (algo que consiguió, si se lee la carta de la reina Isabel antes citada). Así, Marineo opta por una narración *ab ovo*: lleva ya 15 años en España (lo que nos sitúa en torno a 1500) y, antes de su llegada, había podido comprobar el desastroso devenir de la iglesia siciliana, en la que los asuntos sagrados estaban en manos de hombres poco adecuados moralmente y con un escaso respeto por la religión. En el tiempo que lleva fuera de su patria, ha recibido cartas de sus amigos sicilianos que insisten en lo caótico de la situación y le piden que interceda ante los soberanos para que éstos solucionen el problema (*orat.* I, 4). Tanto los prelados sicilianos como los españoles allí desplazados abandonan sus iglesias y, de acuerdo con la célebre imagen bíblica,

“dejan en manos de los lobos a sus ovejas errabundas”. Esos eclesiásticos, además, suelen anteponer las cosas humanas a las divinas y aprovechan los réditos del patrimonio divino en sus vanas pompas (*orat.* I, 4-5).

Ante esta situación, Marineo pide a los monarcas, como a jueces certeros, que velen por la salvación de todos. El italiano, por supuesto, no escatima alabanzas a los soberanos, descritos como los mejores guardianes de la fe católica, nacidos para ocuparse de las cosas divinas y humanas, “no sólo en vuestros reinos, sino en toda la cristiandad y en todo el orbe” (*orat.* I, 6-7). Ejemplo de su buen hacer son sus campañas victoriosas contra los moros, vencidos tras ochocientos años de luchas baldías y reconducidos “al culto y el conocimiento de Cristo” (*orat.* I, 7); otras señales de su carácter mesiánico son la instauración de la Inquisición, que ha permitido luchar contra los herejes, y la expulsión de los judíos. Todas estas acciones exitosas no son sino el indicio de que pueden (y deben) acabar con la corrupción reinante en la iglesia de Sicilia. Una vez expuestos los hechos, llega el momento de la *suasio* o consejo (*orat.* I, 8-10). Los reyes deben reenviar hacia sus sedes eclesiásticas a todos los pontífices y sacerdotes sicilianos que estén en España, pues así guiarán personalmente a sus feligreses. En el caso de que los monarcas no puedan prescindir de ellos, deberán enviar vicarios y reformadores, que desempeñen los oficios de los pastores ausentes. Si actúan de ese modo, darán satisfacción a los sicilianos, que con insistencia habían solicitado la intermediación de Marineo, y, lo que es más importante, cumplirán con su deber cristiano.<sup>33</sup>

El carácter admonitorio del discurso se acentúa cuando Marineo advierte a los soberanos de que, hasta ahora, la ignorancia les había eximido de cualquier responsabilidad, pero, una vez conocido el caso, su inacción podría tener funestas consecuencias. En definitiva, no había que perder de vista que atender los asuntos de la Iglesia siciliana equivalía a atender los asuntos divinos, un capítulo esencial para quienes aspiraban a la vida eterna:

Por ello, debéis actuar lo más rápidamente posible, porque hasta el presente, mientras nadie os puso sobre aviso acerca de este particular, estuvisteis libres de toda culpa, pero ahora, dado que ya conocéis el

---

<sup>33</sup> La preocupación de Marineo por la situación de la Iglesia se inscribe en el ambiente generalizado de reforma que marcó el reinado de los Reyes Católicos; así, es curioso comprobar cómo en su crónica del reinado incluida en su *De rebus Hispaniae memorabilibus* (Alcalá de Henares, 1530), Marineo insiste precisamente en la labor reformadora de los monarcas en el capítulo que titula “De la reformación de frayles y monjas a más honesta vida”. Ahí destaca la extrema religiosidad de los monarcas (también puesta de relieve en este discurso): “Fácilmente hemos visto cuánto cuidado y diligencia tuvieron nuestros Cathólicos príncipes por conservar la virtud y honestidad no solamente en las cosas temporales y humanas, más aún en las divinas y espirituales que tocavan a la honrra de Dios y salud de los hombres, de la qual tuvieron siempre no menor cuidado y tanto zelo como de la gobernación de sus reinos” (cito por la traducción castellana de esta obra publicada igualmente en Alcalá de Henares en 1530 –hay una versión facsímil de la edición de 1539 con el título de *De las cosas memorables de España*, fol. clxv).

problema y habéis sido advertidos con mis ruegos, si no salís al paso de estos males inminentes y de estos peligros más que evidentes, y si no veláis con la mayor rapidez por los asuntos y el honor de Dios omnipotente, no sin razón debéis temer que en algún momento se os conmine a dar cuenta ante Dios de dicho asunto, de vuestra negligencia o incluso de vuestra contumacia, o que deis la impresión a vuestros sicilianos, que sienten honda admiración por vuestras santas hazañas y os veneran en la tierra tanto como adoran al numen divino en el cielo, de haber sido poco propicios y poco sensibles a sus votos y justísimas plegarias, que miran, sobre todo, por el culto y honor de Cristo. (*orat.* I, 9)

Sin embargo, la advertencia se queda ahí y el italiano repliega sus velas para no resultar molesto e imprudente. Es, por tanto, el momento de concluir su *oratio*, cuyo objetivo se habrá logrado si sus palabras surten el efecto esperado. De ello se desprenderá, además, el reconocimiento de todos los sicilianos y un eterno agradecimiento, que se pondrá de manifiesto a través de oraciones diarias *pro vestra optatissima salute vitaque longiori*.

El segundo discurso de esta antología, una auténtica *laus*, fue concebido en realidad como prólogo al *De vita Ioannis II Aragonum regis*, biografía que el rey Fernando le había encomendado hacia 1500.<sup>34</sup> Tras más de ocho años de trabajo, Marineo concluyó su trabajo y le entregó la obra al monarca a comienzos de 1509, en que también hay que fechar este discurso. Antes de hacer efectiva la entrega, Marineo remitió su historia a Alfonso de Aragón para que la leyese (*ep.* II 1); así, le cuenta sus muchos sufrimientos antes de concluir su trabajo: las continuas mudanzas de la corte, su precaria salud, pues tenía ya 65 años, y la dificultad de componer una obra de esas características son la causa de su retraso; pero, una vez que ha terminado, necesita conocer su opinión. Como es lógico, el arzobispo se muestra entusiasmado y le recomienda que acelere la publicación de esa biografía (*ep.* II, 2). Animado por esas palabras, Marineo escribe al rey Fernando y, por lo que dice, acompaña su envío con la epístola remitida por su hijo el arzobispo (*ep.* II, 3):

[1] Tu gran prudencia determinó, sapientísimo rey, ordenarme venir a Zaragoza. Majestad, mi llegada aquí ha sido absolutamente necesaria para mi trabajo y extremadamente provechosa para tu gloria. Así, he concluido felizmente y conforme a mis deseos la historia sobre las hazañas de tu

---

<sup>34</sup> El reciente descubrimiento de un manuscrito en la Iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz por parte de Maestre Maestre & Torreblanca López de la traducción castellana de la biografía de Juan II ha arrojado muchos e interesantes datos sobre esta obra que los dos investigadores prefieren denominar *Commentarii de uita et rebus a Ioanne, Aragoniae et Siciliae rege, gestis*. A partir de ahora me remito a lo mucho y bueno que ambos estudiosos han aportado sobre esta obra y las circunstancias que la rodearon (Maestre Maestre & Torreblanca López 2009). En este trabajo, me limitaré a hablar sucintamente del contenido del discurso sin abordar otras consideraciones.

padre, el magnífico Juan, rey de Aragón y Sicilia, tras agavillar muchos datos, ordenarlos de manera adecuada e insertarlos en el lugar correspondiente. Espero, Majestad, que sea de tu agrado. A partir de estas cartas, podrás colegir, Majestad, qué opinión le han merecido el estilo y la estructura de esta obra al arzobispo de Zaragoza, Alfonso de Aragón, hombre de notable cultura y de buen juicio, que ha revisado y repasado con gran cuidado y diligencia toda la obra. [2] Yo por mi parte ya habría regresado junto a ti, mi Majestad, con mi historia si el propio arzobispo no me hubiera recomendado, ante las copiosísimas lluvias invernales, descansar unos pocos días de la dureza del viaje hasta que el mal tiempo cesase. No tuve más remedio que hacer caso de su consejo porque ha velado con cariño por mi salud y porque es hijo de tu excelsa persona. Propio será de tu humanidad, clementísimo rey, que sobrellevés con buen ánimo si me demoro unos pocos días para dar satisfacción a Alfonso de Aragón y atender a mi salud.

Así, además de esas dos cartas (la suya y la del arzobispo de Zaragoza), Marineo remitió al rey la biografía completa precedida de un prólogo, en el que reivindica la importancia de la historia como el único género literario capaz de otorgar la inmortalidad; de ahí deriva precisamente la importancia del oficio del historiador, que posee la capacidad de otorgar o no ese gran premio. A partir de estos presupuestos, Marineo compone una auténtica *Laus historiae*, donde reúne todos los argumentos a favor de un género que había adquirido gran relevancia en el contexto cultural del momento. Pero dicha loa va mucho más allá, pues en realidad se convierte en un elogio de los historiadores en general y del propio siciliano en particular.

Sin rodeos, Marineo define la historia, recuerdo escrito de las virtudes heroicas y de las hazañas pretéritas, como *magna res et inestimabilis*. Nada produce más placer ni es más útil, pues su lectura aviva el deseo de imitar a los hombres ilustres (*orat.* II, 1). Esta definición canónica de la historia engarza con la proporcionada por Cicerón, que se hizo muy popular en todos los escritos a favor de este género revitalizado en el nuevo currículo humanístico (*orat.* II, 2): “magistra uitae, temporum testis, custos memoriae, nuncia ueritatis”.<sup>35</sup> Por todo ello, los escritores de historias, sobre todo los que se sirven del latín para su tarea, se convierten en verdaderos garantes del recuerdo y promotores de la verdad, lo que los hace merecedores de respeto y alabanza. Defendida la labor del historiador, es preciso incidir en los beneficios que reporta su lectura, del todo aconsejable para aquellos que se encuentran “in excelso rerum fastigio”, como los “magni principes et studiosi viri”, pues en ella se reúnen ejemplos de grandes generales y valientes soldados, jueces certeros y gobernadores sobresalientes de los tiempos pasados a los que poder imitar; de hecho, en su opinión, “nihil est utilius historia, nihil hominibus necessarium magis” (*orat.* II, 3), pues brinda

<sup>35</sup> Cf. CIC. *De or.* 2, 36: “Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis, qua voce alia nisi oratoris immortalitati commendatur?”



provechosas enseñanzas, que la hacen muy recomendable para los jóvenes nobles. En ese sentido, Marineo no hace sino repetir una serie de tópicos ya presentes en muchos tratados y espejos de príncipes, en que, entre las lecturas recomendadas, se hacía un especial hincapié en las crónicas, como se lee en la *Epístola al conde de Haro* (ca. 1430) de Alonso de Cartagena, quien las consideraba muy útiles para los nobles (“cronice quoque militaribus viris peritiles sunt”).<sup>36</sup>

Claro está que hay otras disciplinas encargadas de enseñar, como la filosofía; sin embargo, argumenta Marineo, las enseñanzas filosóficas resultan duras y arduas. Por contra, la historia es amena y los ejemplos que ella transmite se adhieren mejor al ánimo (*orat.* II, 3). A estas ventajas se añade una más: el conocimiento del pasado capacita para resolver los problemas del futuro, pues “los amantes del estudio obtienen de ella tantos beneficios y tantos provechos que difícilmente puedo abarcarlos en un largo discurso”, palabras con las que Marineo da paso a una sucinta recapitulación, a modo de primera *conclusio*, sobre las múltiples ventajas proporcionadas por la historia: además de conocimiento del bien y del mal (que la sitúa en la senda de la filosofía), la historia proporciona la fama duradera: “hac absentes adsunt; hac demum, quod omnium maximum est, mortui vivunt” (*orat.* II, 4). Para cimentar mejor este pensamiento, Marineo recurre a su erudición y, con una breve *digressio*, desarrolla el tópico de la relación entre la historia y la pintura, variante del conocidísimo *ut pictura poesis* de Horacio (lo que, sutilmente, coloca a la historia por encima de la poesía por su capacidad para otorgar la inmortalidad o fama); de ese modo, en su opinión, el milesio Cadmo, creador de la prosa histórica, era superior al fario Giges, creador de la pintura (*sic*).<sup>37</sup> Es fácil imaginar cuál es aquí el ganador de la pugna entre esas dos artes; por supuesto, Marineo concede la palma al historiador, pues las historias escritas sobre papel persisten a través de los siglos mientras que las pinturas se diluyen, se borran y desaparecen; de hecho, las figuras de Alejandro, César o Aníbal nos han llegado sólo gracias a la labor de los escritores, no de los pintores. Dicho esto, el italiano pasa de lo general a lo particular y concreto, pues llega el momento de centrarse en su propia obra y en su labor como historiador (*orat.* II, 5); así, envuelto en el ropaje de la modestia, Marineo explica las características de su biografía de Juan II y los motivos que le habían impulsado a acometerla:

Ya que la historia tiene tan alto valor, grandísimo príncipe, como con frecuencia me habías hecho saber que te daría una grandísima alegría si escribía en latín algo sobre la vida y las hazañas de tu padre Juan, rey de

<sup>36</sup> A este respecto, véase Lawrance 1979, 53.

<sup>37</sup> Como ya hizo notar Ribera Martín (2003) en su tesis doctoral, Marineo pudo cometer un error de lectura de un conocido pasaje de la *Naturalis Historia* de Plinio el Viejo (7, 205), donde se habla de los inventores de las diferentes artes y juegos; ahí se señala que Cadmo de Mileto había sido el creador de la historia y Giges, de Lidia, que no de Faria, del juego de la pelota: “pilam lusoriam Gyges Lydus; picturam Aegyptii”; en otras palabras, fueron los egipcios los inventores de la pintura y no Giges, como aquí indicaba Marineo.

Aragón y de los sicilianos, varón esforzadísimo, yo que admiraba tu singular prudencia y tu admirable y obligada piedad hacia tu padre, aunque me daba cuenta de que no podía acometer convenientemente la tarea que me exigías, acepté esa empresa, más grata para ti que adecuada para mis fuerzas. (*orat.* II, 5)

A partir de ese punto, la *laudatio* general de la historia se reduce a una mera ponderación de los méritos del propio Marineo, quien ha conseguido arrebatarse de las fauces de la muerte la figura ya un tanto desleída de Juan II; así, ha escrito una obra en la que ha rescatado del olvido sus hazañas, su moral intachable, su forma de vida y sus virtudes corporales y espirituales. Pero su texto precisa todavía de una aclaración: el rey no tendrá ante sí un verdadero escrito literario y retórico, sino unos sencillos comentarios, donde todos los datos que se consignan son verdaderos. En adelante, el rey Fernando podrá decidir si quiere que un escritor más experimentado utilice esa obra para rehacerla y darle una mayor prestancia. En ese punto, que se aleja muy poco del viejo tópico literario de modestia, Marineo en su humildad se postula como futuro cronista de las hazañas del propio rey Fernando, que necesitará igualmente de la labor de un escritor para asegurar la inmortalidad de su nombre, pues ningún príncipe lo merece más que él, verdadero ejemplo de virtudes (*orat.* II, 6). Por ello, el rey tendrá que procurar que tanto sus ilustres hazañas como las de su esposa no caigan en el olvido:

Vela, pues, invictísimo príncipe, por tu honor, vela también por el de Isabel, tu antaño excelentísima esposa, la única mujer que en nuestros tiempos ha superado de lejos a todas las demás mujeres y reinas por la gloria de sus hazañas y por la prestancia de sus virtudes, y no permitas que tus virtudes y las suyas y vuestras magníficas gestas caigan en el olvido.

Con estas palabras, este prólogo perfectamente equilibrado, en el que se trazan las virtudes del género historiográfico y se habla específicamente de la obra que a continuación se presenta, da un vuelco y se convierte en un consejo que encierra una *petitio*: si el rey Fernando precisa un historiador que dé cuenta de su reinado (el suyo y el de su esposa la reina Isabel), Marineo ha demostrado que es el más idóneo para acometer esa tarea. Aunque el texto se cierra con el consabido *DIXI*, da la impresión, una vez más, de que se trata de un escrito remitido al soberano como prólogo de la biografía de Juan II, que Marineo le presentó en Zaragoza en 1509. La cosa no quedó ahí, pues el texto mereció una airada respuesta por parte de Nebrija, que por aquel entonces, *ca.* 1509, aspiraba a convertirse en cronista regio.<sup>38</sup> Nebrija, finalmente, recibió el nombramiento de cronista regio, según una cédula firmada por la reina Juana, en 1509 y Marineo, adscrito siempre a la Corona de Aragón, prosiguió con su

---

<sup>38</sup> Sobre la polémica entre ambos eruditos, véase Maestre Maestre 1995.

labor de historiador;<sup>39</sup> de hecho, en 1510 (a finales de ese año, para ser más exactos), el rey Fernando le encargó una traducción de la biografía, en la que Marineo trabajó con ahínco durante 1511.<sup>40</sup>

Más de siete meses estuvo aislado en el pequeño pueblo de Pasarón de la Vera, en la casa del obispo de Plasencia, para llevar a cabo esa tarea ayudado por el secretario del prelado, Rodrigo Álvarez de Medellín, según le cuenta a su discípulo Alfonso Segura (*ep.* XIII, 10, 1):

[1] El motivo de que no te haya escrito hasta ahora no es otro que mi más que larga ausencia de la corte, Segura mío. He residido siete meses en Plasencia, ciudad de la provincia lusitana, donde me envió el rey Fernando para que tradujese al español la historia que yo había terminado en Zaragoza en latín. Esto lo he llevado a término a mi gusto gracias al talento y trabajo del jurisconsulto Rodrigo de Medellín. Dicho Rodrigo, que domina por completo tanto la lengua española común como su registro más elocuente, fue en otro tiempo discípulo mío.

Esto mismo le refiere a Pedro Mártir, a quien reconoce que el artífice de la traducción había sido Álvarez de Medellín, secretario del obispo de Plasencia (*ep.* XV, 14, 3):

[3] El rey Fernando me envió junto a Gómez de Toledo, obispo de Plasencia, para que con él y con su secretario, Rodrigo Álvarez de Medellín, me ocupase de que el propio Medellín, con los ruegos por carta del mismo rey, tradujese al español, lengua que domina, la historia sobre las hazañas de Juan, padre del rey Fernando, que yo había escrito en latín. Este hombre docto y de noble talante, deseoso de obedecer al rey y de ser complaciente conmigo, asumió de buen grado la tarea y la ha llevado a cabo con diligencia y, según espero, la concluirá en breve y conforme a mis deseos.

Así, la biografía de Juan II fue traducida al español y, de paso, también se tradujo este discurso-prólogo, de cuya versión castellana teníamos, hasta la aparición del manuscrito en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz, una única copia en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid.<sup>41</sup>

---

<sup>39</sup> En todos los documentos conservados en el Archivo de Simancas relativos a Marineo, se hallan varias cédulas en las que siempre se le llama cronista y capellán real. Para más datos sobre la vida de Marineo, me remito a Jiménez Calvente 2001, 24-74.

<sup>40</sup> Sobre dicha traducción, véase Maestre Maestre & Torreblanca López 2009, 1184-89.

<sup>41</sup> La traducción castellana del prólogo fue editada por Serrano y Sanz (1903), que se la atribuyó erróneamente a Gonzalo de Santa María. Uno de los primeros en reparar en que el texto ofrecido por Serrano y Sanz era de Marineo fue Tate (1970). El manuscrito utilizado por Serrano y Sanz, perdido durante muchos años, ha sido encontrado por Pedro M. Cátedra, que ha prometido un estudio al

Años después, Marineo volvió a publicar esta *oratio* con algunas modificaciones como prólogo a su *De rebus Hispaniae memorabilibus*: en esta segunda ocasión, los destinatarios fueron el emperador Carlos V y su esposa Isabel de Portugal, y la obra a la que servía como prólogo ya no era la biografía de Juan II, sino una historia completa de España, en realidad una auténtica miscelánea en que se reunían todos sus escritos historiográficos (el *De Hispaniae laudibus*, la biografía de Juan II, el *De primis Aragoniae regibus* y su crónica de los Reyes Católicos).<sup>42</sup> Por ese motivo, esta segunda versión es algo más breve, pues fue necesario eliminar cualquier referencia específica a la biografía del rey de Aragón. Por ello, a modo de colofón, sólo añadió:

Leed, pues, altísimos príncipes, la historia que os ofrecemos, para que no desconozcáis quiénes fueron vuestros mayores ni qué hicieron, y no ignoréis las cosas memorables de España, que son muchas y muy dignas de ser sabidas y conocidas.

### 3. Otras epístolas panegíricas: entre la carta y el elogio o *uita*

Pero la edición de las obras de Marineo de 1514 aún depara otras sorpresas: entre las más de 400 epístolas ahí incluidas, hay algunas cartas panegíricas que Marineo reutilizó más tarde en la sección de elogios de los *illustres uiri* españoles de su *De rebus Hispaniae memorabilibus* (Alcalá de Henares, 1530). En esa historia general de España, compendio de toda su labor como historiador, se incluyen cuatro libros dedicados a los varones ilustres (los libros XII-XXV), que fueron suprimidos casi por completo (sólo quedaron unos pocos apuntes del libro XXII) por orden de Carlos V en la emisión de la obra aparecida en Alcalá de Henares en 1533.<sup>43</sup> Esa sección de *elogia* reúne un material variopinto; así, algunas semblanzas procedían del *De Hispaniae laudibus* de Marineo, su primera obra de corte historiográfico publicada en Salamanca ca. 1496, en la que había un catálogo de *illustres uiri*;<sup>44</sup> otras son fruto de la reutilización de cartas editadas previamente en su epistolario. Otros elogios son de nuevo cuño, como la epístola dirigida a Diego López, duque del Infantado, que tilda de *epistola siue historia*, o el elogio de Hernán Cortés,<sup>45</sup> fiel a las pautas de una

---

respecto. Sobre la traducción castellana de este prólogo y del resto de la obra puede verse Maestre Maestre & Torreblanca López 2009. También ofrece un extenso estudio sobre este discurso, utilizado posteriormente como prólogo del *De rebus Hispaniae memorabilibus*, Ribera Martín 2003, xxi-xxxvii.

<sup>42</sup> Un estudio más detallado de esta obra puede leerse en Jiménez Calvente 2000.

<sup>43</sup> Los distintos avatares del *De rebus* y sus dos emisiones han sido estudiados con el rigor acostumbrado por Maestre Maestre, 2002.

<sup>44</sup> Por cierto, en esa primera obra suya, como se señaló más arriba, además de la carta dedicatoria al Conde de Benavente, la sección de *uiri illustres* se inicia precisamente con un elogio al propio Conde, en que se incluyen también unos dísticos dedicados al nuevo palacio que se había hecho construir en la localidad zamorana (fol. XLIV-LII r).

<sup>45</sup> En el caso de Hernán Cortés, Marineo escribe una auténtica semblanza y llega incluso a plantearse la necesidad de crear un nuevo género laudatorio para estar a la altura de tan egregio personaje:

sucinta biografía dividida en epígrafes que siguen un orden cronológico. Para concluir su obra, Marineo insertó además un discurso dirigido a Carlos V, en el que pasaba revista a los eruditos foráneos y patrios más próximos en el tiempo, de cuyos méritos intelectuales informaba brevemente.<sup>46</sup> Según cuenta el italiano, en el transcurso de una comida celebrada en 1529, Carlos V le instó a dar su opinión sobre los varones ilustres de Alemania, Italia y, por supuesto, de España a fin de terciar en una porfía nacida entre un alemán y un italiano que participaban en el ágape. En un primer momento, Marineo se excusó y declinó hablar sobre los eruditos foráneos y quiso centrar su intervención en los españoles:

De uiris doctis, ut uerum fatear, non meum est iudicium facere de Germanis praesertim et Italis huius temporis, quos minime nouerim. Verum enimvero si tuae maiestati rem non ingratham sum facturus, quos in Hispania tua uiros cognouerim literis insignes, qui plures sunt et in omni genere scientiae doctissimi, quamuis Germanus et Italus in me conuertant, libentissime nominatim recensebo.

Pero el monarca insistió en su petición y le emplazó a comenzar su exposición con los italianos. Presto a satisfacer los deseos del soberano y tras ofrecer una definición ajustada de lo que para él era un hombre de letras, Marineo habla en primer lugar de los humanistas italianos de su tiempo, para recalcar luego en los alemanes, entre los que destaca nada menos que a Erasmo (al que, por cierto, llama reiteradamente “magnus”, empleando casi los mismos argumentos que los que utiliza en su elogio al Gran Capitán, sobre el que volveré más adelante). En último término, Marineo centra su exposición en los españoles. Acabada su intervención, y siempre según el propio Marineo, el soberano se mostró entusiasmado y dio gracias a Dios por haberle tocado en suerte tener a su alrededor tan excelentes hombres de letras: “quoniam igitur tot uiros, quos memorasti, literatos habere nobis contigit, magnas Deo gratias agimus”.<sup>47</sup>

Es evidente que el texto de aquel discurso, incluido en su *De rebus Hispaniae memorabilibus* de 1530 (sólo unos meses después de haberlo pronunciado), debió experimentar una profunda reelaboración, pues la abultada nómina de humanistas foráneos es fruto de una meticulosa tarea de recopilación a partir de fuentes librescas. Así, para el humanismo del norte de Europa (englobado bajo la etiqueta de “alemán”), Marineo se sirvió, como ha demostrado en su estudio Maestre, de una epístola escrita por Wimpfeling a Erasmo y de la respuesta de éste. En cuanto a los italianos, en un

---

Res novas et admirabiles quas Ferdinandus Cortesius nostris temporibus gessit summis laudibus dignas et immortalitate, scribere vehementer optans, novum quaero scribendi genus, novum laudationis ordinem, sed certe, ut uerum fatear, non inuenio.

<sup>46</sup> Parte del discurso dedicado a los españoles ilustres fue editado por Diego Clemencín 1820.

<sup>47</sup> Véase Lucio Marineo, *Opus de rebus Hispaniae memorabilibus*, fol. CLXXIIIv. Maestre Maestre (2002, 234-41) analiza con detalle el contenido de este discurso y aporta importantes datos acerca de las fuentes empleadas por Marineo para su elaboración.

arranque de nacionalismo, reserva un lugar destacado para los sicilianos (algo que ya hiciera antaño en su epístola a Cataldo Parisio [*ep.* V 18, 3-13]). Quedan, en último término, los españoles, un apartado que confecciona a partir de sus propios recuerdos, experiencias y emociones. Aquí, como en otros escritos suyos, Marineo se deja guiar por su criterio personal, y no cabe duda de que los sentimientos de amistad y de admiración por los seguidores de Erasmo le llevaron a incluir algunos nombres que, años después, iban a quedar proscritos. Las críticas no se hicieron esperar y, años después, Alvar Gómez de Castro aún se quejaba de que Marineo hubiera incluido a individuos que no lo merecían.

Aquel discurso pronunciado en presencia de Carlos V, inserto como colofón al libro XXV, era una nueva *laudatio illustrium uirorum* y, más en concreto, de quienes se dedicaban a las *litterae humaniores*, considerados un auténtico activo a la hora de medir el peso o la importancia de las naciones. El género tenía ilustres antecedentes, como bien recuerda Alfonso García Matamoros en su *Apologia por adserenda Hispanorum eruditione* (1553), que cita como modelos a Cicerón, Quintiliano y, entre los modernos, a Erasmo, Rafael Volterrano, Paulo Jovio y Lilio Giraldo.<sup>48</sup> Marineo no hizo, por tanto, sino seguir una tradición bien arraigada en el ámbito universitario y, según vemos aquí, en la corte.

Sin embargo, dejado a un lado el discurso dirigido al Emperador, quiero centrarme ahora en aquellos elogios editados previamente dentro del epistolario, como el dirigido al duque de Alba, que coincide con la *ep.* III 1.<sup>49</sup> En realidad, no se trata de un cartapanegírica *strictu sensu*, sino de un verdadero protréptico para exhortarle al estudio a pesar de lo avanzado de su edad; con sus palabras, Marineo incide en la imagen del duque de Alba como un nuevo hombre de letras, digno de compararse con Alfonso V de Aragón, que se había iniciado en los estudios ya sexagenario. Muchos otros habían hecho lo mismo, pero a él le auguraba mayor éxito en su empresa porque “opibus habundas et ingenio quam maxime polles”. Antes de llegar a esa conclusión final, Marineo perfila un sucinto elogio del duque y de su egregia familia, a pesar de que “el resplandor de tu excelsa majestad, cual numen y rayo de sol, restallaba en los ojos de mi mente”.<sup>50</sup> Como en todo elogio que se precie, era preciso recalcar la excelsitud de su linaje, que procedía de tres grandes urbes: Bizancio, de cuyos emperadores el duque

<sup>48</sup> Véase la *Apologia* de García Matamoros en la edición de López de Toro 1943, 163-65. Precisamente, en la epístola dedicatoria de esta obra, Matamoros criticaba con dureza la obra de Marineo al considerar que había incluido “sordidos et triobolares etiam grammaticas”.

<sup>49</sup> Entre esta epístola y el elogio incluido en el *De rebus* hay pequeñas variantes textuales que reflejan el celo de Marineo a la hora de pulir sus textos. Esos pequeños cambios de última hora pueden verse en mi edición de la carta incluida en Jiménez Calvente 2001, 254-57.

<sup>50</sup> “Maiestatis tuae maximus splendor quasi numen atque solis radius nostrae mentis oculos perstringens” (*ep.* III 1, 1).

era descendiente;<sup>51</sup> Toledo, de donde había tomado su *cognomen*, y Alba de Tormes, de donde procedía su título. Con todo, su mayor mérito reside en que “vas en pos de las artes liberales y de los estudios de sabiduría, cultivas tu divino talento y tu generoso espíritu con las preclaras lecciones de los filósofos”. Por esa renovada afición al estudio, el duque es merecedor de todo respeto, pues “nada es más útil que los estudios literarios, nada más necesario para los hombres, sobre todo para aquellos que están situados en las más altas responsabilidades (pues los hombres sabios buscan gozo y solaz en las letras), nada en definitiva es tan alegre que no se vuelva más alegre con las letras, nada tan triste que no se haga menos triste con ellas”.<sup>52</sup>

Ciertamente, esta carta-elogio presenta una ligera variación respecto de la estructura propia de las epístolas panegíricas: la modestia expresada por el autor da paso a un elogio de la familia y, sobre todo, al elogio de una de las virtudes del homenajead, que no es otra que su tardía afición erudita, descrita como el único instrumento eficaz para conseguir la felicidad y una vida más plena; en definitiva, esa afición literaria le deparará la corona de la fama y la inmortalidad (“perge tu igitur, excellentissime princeps, ut pulcherrimam, quae tibi parata est, summae laudis et immortalitatis coronam consequare”). En suma, el elogio al duque encierra, una vez más, una *laus litterarum*, pues las letras son la única afición que otorga una fama duradera.

También la *ep. XVI* 1 dirigida a Gonzalo Fernández de Córdoba se imprimió en el *De rebus Hispaniae memorabilibus* (fol. CXXXVIIIv). En ella, se elogia al Gran Capitán a partir de su sobrenombre *Magnus*, que permite compararlo con Alejandro Magno, Pompeyo o Carlomagno.<sup>53</sup>

Tú ciertamente has merecido ese sobrenombre de “Grande” no sólo por tu actividad militar, no sólo por tus muchas y grandes victorias y por tus triunfos, sino por tu lealtad, liberalidad, fortaleza, prudencia, humanidad, templanza, religiosidad, moderación, magnanimidad, clemencia y por el resto de las virtudes más excelsas y conspicuas, por las que con razón

<sup>51</sup> En las biografías apologéticas de la Casa de Alba se afirmaba que su origen se remontaba al siglo XI y a un legendario Pedro Paleólogo, conde de Carrión, supuesto hijo –o, en ocasiones, hermano– del Emperador bizantino Isaacio Commeno, nacido el 8 de abril de 1053. Para más información a este respecto, puede consultarse Calderón Ortega 2005.

<sup>52</sup> “Enim vero nihil est litterarum studiis utilius, nihil hominibus necessarium magis, et his maxime, qui sunt in alto rerum fastigio collocati (docti namque viri et gaudium et solatium quaerunt in litteris), nihil est enim tam laetum quod litteris non laetius fiat, nihil tam triste quod his non fit minus triste” (*ep. III*, 1, 4).

<sup>53</sup> “Quippe qui magnitudinis nomen meruisti non solum militaribus officiis, non solum multis magnisque victoriis atque triumphis, sed etiam fide liberalitate, fortitudine, prudentia, humanitate, temperantia, religione, continentia, magnanimitate, clementia caeterisque plurimis maximisque virtutibus, quibus merito debes non modo magnus, verum etiam foelix, admirabilis et magnorum omnium maximus appellari” (*ep. XVI*, 1). Como se ha comentado *supra*, Marineo incluyó en su historia un elogio a Erasmo, al que también tildaba de *Magnus*. Este puede leerse en Maestre Maestre 2002, 236.

debes no sólo ser llamado grande, sino también feliz, admirable y el más grande entre todos los grandes.

Tan grandes méritos y virtudes le habían granjeado el amor divino, pues el mismo Dios lo había protegido de enemigos y envidiosos. Sólo cabía suponer, según el italiano, que su fama y gloria se acrecentarían de día en día. La mayor diferencia entre la primera edición de esta carta y la edición de 1530 es que en esa segunda ocasión la epístola iba acompañada de unos versos compuestos en honor del Gran Capitán, que en la edición de 1514 se incluían sin preámbulo alguno en el primer libro de poemas (I, 16, 17 y 18). Por lo tanto, cabe suponer que, como había hecho en otras ocasiones, Marineo expidió su carta y sus versos al laureado Fernández de Córdoba como un presente y un medio efectivo para darse a conocer. Más tarde incluyó esa carta y los versos en su edición de 1514 junto con otras muchas de este mismo tenor. Y no contento con eso, las volvió a imprimir en su *De rebus Hispaniae memorabilibus*, aunque en esta ocasión dentro de la sección de elogios a hombres ilustres.

Ese mismo carácter encomiástico se observa en algunas epístolas dirigidas a ciertas damas de la nobleza. Sabemos, de hecho, que Marineo albergó en algún momento la idea de componer un tratado *de illustribus mulieribus* que nunca llevó a cabo. Esto es, al menos, lo que le dice a María Velasco en la *ep.* II 28.<sup>54</sup>

He decidido empezar una obra sobre algunas excelentes y generosas mujeres de España, donde, además de hablar de las excelsas alabanzas de la magnánima Reina Isabel y de sus ínclitas y santas hazañas, referiré a continuación por extenso, como es justo, las preclaras virtudes de tu espíritu y tus excelentes dotes naturales.

Entre esas cartas laudatorias, destacan las enviadas a Ana Cervatón, amada por el duque de Alba (*ep.* XVI, 18), y a Ana Cabrera, condesa de Módica, mujer de su protector el Almirante Fadrique Enríquez, (*ep.* XVII, 3). Así, la joven Ana Cervatón, dama del séquito de la Reina Germana de Foix, es celebrada por su belleza, que la equipara a las diosas Pallas y Hebe o a la bella Helena; incluso se afirma que, de haberla conocido los cuatro poetas amatorios más célebres de la Antigüedad, la habrían cantado en sus versos por delante de Lesbia, Delia, Cintia o Corina.<sup>55</sup> Pero en el presente es el duque de Alba quien la ama y quien, por su causa, ha emprendido el estudio de las letras para poder ensalzarla y preservar su nombre del olvido. En esta

<sup>54</sup> “De quibusdam tamen Hispaniae faeminis excellentibus et generosis opus agredi statui, in quo, cum de maximis Hisabellae reginae magnanime laudibus et rebus inclyte sancteque gestis dixero, secundo quidem loco praeclaras animi tui virtutes et excellentes naturae dotes longa, ut par est, narratione referam” (*ep.* II 28, 2).

<sup>55</sup> La belleza de Ana Cervatón es ponderada también por Fernández de Oviedo en *Batallas y quinquagenas* al referir su casamiento con Garci López de Cárdenas, Comendador de la Puebla de Sancho Pérez (he consultado la edición de Avalor Arce 1989, 27).



ocasión, conservamos también la carta de respuesta de la joven (*ep.* XVI, 19), redactada –claro está– en latín, en la que, en un alarde de modestia, rechaza esas alabanzas y dirige todos los elogios hacia la reina Germana, el propio duque de Alba, que, según sus palabras, ha conseguido que ella “vuele célebre de boca en boca”, y Marineo mismo, digno de compararse como historiador y poeta con Heródoto y Homero, entre los griegos, y con Livio y Virgilio, entre los latinos.

Seguramente, la carta a Ana Cabrera (*ep.* XVII, 3), condesa de Módica, fue anterior a ésta, pues cabe suponer que Marineo la escribió en agradecimiento por la ayuda que ella y su esposo le habían prestado a su llegada a España en 1484. La carta ofrece una peculiar estructura, pues el italiano no se lanza directamente al elogio, sino que se refiere a la conversación de algunos cortesanos sobre la belleza, modestia, pudor, fidelidad, talento y buen carácter de la joven Ana. Esos *equites atrienses et Hispaniae viros nobiles* habían alabado igualmente la prestancia y antigüedad de su linaje y, por supuesto, el brillo de su matrimonio con Fadrique, pariente del rey Fernando. Pero, aquellas alabanzas se circunscribían exclusivamente al ropaje exterior y no al que verdaderamente importaba; por ello, tras el hábil subterfugio de referirse a la conversación encomiástica de los otros, Marineo se centra en las virtudes morales de la condesa, que la destacan por encima de las demás mujeres. Frente al gusto común por los adornos y vestidos, la condesa se entrega al culto divino y la oración, con lo que consigue que su vida sea y se conserve más santa día a día. Además, todo ello lo desarrolla con enorme sinceridad y sin alardes, lo que convierte a Ana Cabrera en una mujer excepcional, pues de entre todas las damas de la corte sólo la reina Isabel puede comparársele.

A pesar del deseo de Marineo de componer un verdadero catálogo de mujeres ilustres, su proyecto no cuajó y los elogios femeninos quedaron insertos en su epistolario, pues en el *De rebus Hispaniae memorabilibus* de 1530 sólo se incluyó un sucinto apartado que apenas rebasó los límites de la simple enumeración de las féminas más afamadas:

Sunt et in multis Hispaniae mulieribus animi fortes et generosi. De quibus paucas quae nobis occurrunt nominabimus. Nam si de singulis quae sunt memorabiles et earum res animose sancteque gestas sigillatim scribendum esset, nimirum non minor de mulieribus generosis et illustribus quam de viris historia componeretur. Caeterum etsi ratio postulat ut ab Isabella Regina Catholica primum scriberemus, quia tamen illius virtutes et res gestas in sua plene scripsimus historia et de Isabella Imperatrice magnanima separatim scripturi sumus, transibimus nunc ad alias quarum virtutes et opera sunt memorabilia.

Ese apartado también se suprimió en la emisión de la obra de 1533, según el propio Marineo indica en la carta al lector: “suduximus itaque de volumine viros illustres et nonnullas etiam mulieres memoratu dignas, quae cum caeteris quae mihi

posthac occurrerint in lucem proferentur in posterum”. De haber cumplido su promesa, lo más seguro es que en ese catálogo se hubieran incluido las carta-elogios ya mencionadas y algunas otras, como la dirigida a Luisa Medrano (ep. XII, 33) y las enderezadas a Juana Contreras (XV, 11 y 12), que destacaron por su erudición y conocimiento del latín;<sup>56</sup> en especial, la epístola a Medrano es la de tono más elevado, pues la joven había conseguido impresionarlo con sus conocimientos:

Ahora por fin creo lo que hasta ahora dudaba, que, en Roma, las hijas de Lelio y de Hortensio y, en Sicilia, la de Estesícoro, y otras mujeres fueron elocuentísimas. Ahora por fin sé que la Naturaleza no ha negado a las mujeres el talento, lo que se comprueba en nuestra época, sobre todo, gracias a tí, que en letras y elocuencia sacas tu cabeza por encima de los hombres, tú, la única muchacha y tierna doncella que en España atiende con diligencia y afán no a la lana sino a los libros, no al huso sino al cálamo, no a la aguja sino a la pluma.

De ese modo, vemos cómo el elogio (que se adscribe siempre al *genus demonstratiuum*) se encierra tanto en epístolas como en *orationes*, que para Marineo son las dos caras del mismo fenómeno literario. En el caso de los elogios más elaborados, el texto en prosa podía ir incluso acompañado por algún epigrama con unos pocos versos (generalmente en dísticos elegíacos) o una auténtica elegía, según se ve en sus *Carmina et epistolae*. El italiano, deseoso de ganar amistades, no dudó en poner su pluma al servicio de los grandes personajes del momento y agasajarlos con sus escritos latinos. Una carta convertida en breve *vita*, un texto algo más largo encabezado como un discurso cuando no un poema servían a un idéntico propósito: demostrar lo mucho que un escritor podía hacer a favor de la fama. Así, hemos de suponer que esos discursos encomiásticos, por mucho que Marineo los titulase *orationes*, no llegaron a pronunciarse en voz alta. No es posible afirmar lo mismo respecto del discurso deliberativo dirigido a los Reyes Católicos, que, por su naturaleza admonitoria, pudo leerse en público (aunque no puede descartarse que, como los restantes, fuera sin más remitido a los monarcas) o el pronunciado ante Carlos V en alabanza de los eruditos foráneos y patrios (aunque, en este caso, debió de existir una notable diferencia entre lo dicho y el texto que conservamos).

¿Escribió Marineo otros discursos? Sí, aquellos con los que adorna sus historias, aunque en estos casos, claro está, se trata siempre de discursos ficticios, como los que Antonio Ronzoni, secretario del nuncio papal, escribió para pasar los rigores invernales. Este último reconoce en una carta a Gaspar Barrachina, secretario del Arzobispo de Zaragoza, que había escrito sus discursos como mero entretenimiento (“*lusi superioribus diebus dum venti...me domi ociosum et valetudinarium detinerent*” [ep. III, 16]). Se trataba de unos discursos deliberativos (“*more declamantium pacem*”).

<sup>56</sup> Sobre esta carta en particular, véase Ramos Santana 1996.

non esse ab hoste accipiendam sub Pisani ac Florentini inter se dissidentis”), que Barrachina elogió también por carta (*ep.* III, 17). Sin afirmar que los discursos que Marineo incluye en sus obras historiográficas sean meros divertimentos, éstos caen de lleno en el ámbito del discurso literario, al modo de los discursos insertos en las obras de los historiadores de la Antigüedad, con los que se pretendía, entre otras cosas, perfilar los caracteres de los principales actores del acontecer histórico. Gracias a este uso del estilo directo, se rompía la monotonía del relato, que adquiriría así los tintes propios del drama, y se confirmaba el viraje del relato histórico hacia un tipo de narración más cercana al género novelesco. Con ello, los personajes más importantes (reyes, nobles, prelados y embajadores, en el caso de las historias de Marineo) adquieren vida propia y se presentan, además, como perfectos *eloquentes uiri*, capaces de expresarse con soltura en latín (eso es, al menos, lo que sugiere el bachiller Juan de Molina, traductor al castellano del *De Aragoniae regibus* del siciliano, al hablar de Alfonso V el Magnánimo):<sup>57</sup>

Quánta y cuán señalada aya sydo su eloquencia muéstranlo fácilmente algunas de sus oraciones suyas que oy en día se hallan. Y porque sus hazañas e cosas tan señaladas yo no entiendo al presente hablar, al menos quiero poner algunas de sus oraciones hechas sobre diversos propósitos para que los reyes y príncipes que las vieren o trabajen en hazer otro tanto o padezcan grave embidia de tan señalado y notable príncipe. Las quales aunque se escribieron para mostrar la eminencia que este glorioso rey tuuo en la lengua latina, pero por la excelencia de sus sentencias se pornán en el romance.

En opinión de Marineo (y de Molina), estas *orationes* cumplían además una función propedéutica, pues servían de modelos para hacer discursos en situaciones semejantes, sin olvidar su utilidad para retratar con precisión a quienes supuestamente las habían pronunciado. Sin embargo, no es el momento ahora de estudiar esos discursos puestos en boca de personajes relevantes y que sazonan los relatos históricos del italiano, una tarea que dejaré para otra ocasión. Centrémonos, pues, en la lectura de los cuatro discursos que Marineo escribió para demostrar a los demás que era un consumado orador.

---

<sup>57</sup> En su *De rebus Hispaniae memorabilibus* (Alcalá de Henares, 1530), Marineo insertó su *De regibus Aragoniae*, donde señala (fol. lxiii v): “Qui quanta et ipse claruit eloquentia scripta quidem eius et orationes quaedam facile declarant. Quarum, quoniam de rebus eius gestis mentionem nullam sum facturus, aliquid hic apponere placuit, ut caeteri principes aut inuidia palleant, aut idem facere studeant diligenter”.

#### 4. La edición de las *orationes* de Lucio Marineo

A continuación, ofrezco una edición de las cuatro *orationes* de Marineo que acompañan a sus *epistolae* en el impreso de Valladolid de 1514. Para ello, parto de esa edición (A) por entender que es, a los ojos de Marineo, que participó activamente junto con el impresor en las tareas de preparación de la misma, la versión definitiva de cada uno de estos discursos. En el caso de la *Oratio ad Ioannem Gothomanum Methymne Sidonie ducem* la he cotejado con la versión que se incluye en los *Carmina et Epistolae* (Sevilla, ca. 1499) y, en el de la *Oratio ad Rodoricum Pementellum Beneventi comitem*, con la incluida en del *De Hispaniae laudibus* (Burgos, ca. 1496).

En cualquier caso, he desarrollado las abreviaturas de época sin indicación específica y he puntuado el texto de acuerdo con las normas actuales, que también rigen el uso de las mayúsculas. El texto que se ofrece es, por lo demás, muy respetuoso con las grafías que presenta el original y no he procedido a la regularización de los grupos consonánticos *ti/ci* ni he querido restituir los diptongos conforme a las norma clásica.

#### SIGLA:

A: *Epistolarum familiarium libri XVII*, Valladolid, 1514.

*Carmina*: *Carmina et epistolae*, Sevilla, ca. 1499.

*De laudibus*: *De Hispaniae laudibus*, Burgos, ca. 1496.

#### I. LVCII MARINEI SICVLI ORATIO AD FERNINANDUM REGEM ET HELISABELLAM REGINAM

[1] Magna cura et quae meum continua cogitatione laborantem spiritum quiescere non sinit, me iam diu ualdeque sollicitat, rex et regina, christianissimi principes, non meorum quidem negotiorum, quae nulla sunt, sed earum rerum, quae solum ad conscientiam uestram animarumque salutem, uerum etiam ad Dei nostri redemptoris cultum et honorem spectare praecipue uidentur. De quibus, ut apud regiam maiestatem uestram uerba facerem, mea primum in religionem christianam pietas, deinde maximus erga uos et assiduus cultus, postremo patriae, cui plurimum debent homines, potentissimus amor me iam pridem multumque commouit. Verum enim uero uos adeundi facultas hactenus mihi concessa nunquam fuit. Quare si quae nunc uobis exponam, excellentissimi principes, serius fortasse quam necesse fuerit dixisse uidebor, obsecro non meae negligentiae, sed uestris potius occupationibus imputetis. Testis conscientia, testis est ille summus et omnipotens Deus, cum ad uos nullus mihi dabatur accessus, quanto dolore conficiebar.

[2] Maxime enim uerebar ne si prius quam uos adirem in Siciliam patriam, ut statueram, profectus essem, nonnulli Siculi uestri qui uirtutibus et rebus honestis incumbunt, qui nomen uestrum máximo semper amore summoque cultu uenerantur et diligenter obseruant, qui Dei cultum et honorem rebus omnibus anteponunt, me uel

erga Deum impietatis uel erga uos negligentiae uel patriam ingatitudinis accusarent. Huc accedebat, religiosissimi principes, ut uos quoque me nec bonum uirum neque salutis uestrae studiosum iudicare possetis, si uobis ea latere et ignota esse permissem, quae certo scirem ad animae uestrae salutem et Dei cultum et honorem pertinere.

[3] Non enim parua res est, quam hodierno die sum dicturus, christianissimi principes, nec uobis praesertim religiosissimis hominibus contemnenda,<sup>58</sup> sed omni cura magnoque studio suscipienda si catholicam fidem, si religionem Iesuanam quemadmodum soletis respexeritis. Sed quoniam uos, foelicissimi principes, iam ad audiendum quam paratissimos esse uideo summoque cognoscendae rei quam sum dicturus desiderio teneri animaduerto, dicere incipiam.

[4] Habetis, amplissimi principes, ut scitis, in Siciliae uestrae fidelissimo regno complures urbes et non ignobiles, in quibus quo ordine, quoque iure res humanae publicaeque regantur et gubernentur scire mihi cura nunquam fuit, diuinis enim rebus et litterarum studiis maxime deditus humanarum mortaliumque rerum curas omnes uel a pueritia semper et ultro contempsi. Cum itaque mihi Dei cultus et catholica fides christianaque religio necnon et animae uestrae salus magnae curae semper fuerit,<sup>59</sup> quid de Siciliae rebus ecclesiasticis et diuinis officiis iam olim cum essem in Sicilia seserim, me uobis paucis explicare uerbis ab officio boni uiri non alienum esse duxi. Prius igitur quam ex Sicilia in Hispaniam uenissem, ab hinc anno fere quintodecimo in multis Siciliae locis animaduerti res ecclesiasticas et diuinas caerimonias a nonnullis improbis uiris et indoctis sacerdotibus non pie sancteque coli, ut par erat, non religioso<sup>60</sup> more suoque ordine uenerari, non Dei nomen et iusticiam timeri, sed indignissime negligi potius et impune, quod peius est magisque dolendum, multis esse ludibrio. Quod ex Sicilia quoque uiri complures qui multorum scelus et religionis christianaе contumelias indigne ferunt, ad me saepe scripserunt dicentes et multis uerbis obtestantes<sup>61</sup> ut, si me patriae amor, si uester honor, si Dei denique cultus aliquid tangeret, maiestatem uestram de rebus huiusmodi quamprimum certiore fieri quam diligentissime curarem. Quod etsi mihi magnae curae semper fuit, rex et regina magnanimi, uos tamen conuenire affarique non licuit. Haec igitur res, christianissimi principes, quo serius uestris sensibus innotescit, eo quidem sibi maturius opem poscit atollique desiderat priusquam Deus omnipotens, cuius iusticia ad sui uindictam lento gradu solet incedere, suas ipse contumelias ulciscatur. Qui quoniam uos eo consilio matrimonio coniunxit, ut suas uices gereretis in terris et cunctis mortalibus et sanctitatis essetis et uirtutis exemplo, uobis irasci quidem iure posset nisi rebus quae ad eius cultum et honorem pertinent, mature consulatis.

[5] Suscipite igitur res omnes quae Dei sunt et diligentissime curate, quando quidem Deus ipse uos uestraque omnia continue respicit, dirigit, amat, tuetur, amplificat.

---

<sup>58</sup> cotenenda A

<sup>59</sup> feurit A

<sup>60</sup> raligioso A

<sup>61</sup> obstteantes A

Caeterum in Sicilia malorum, quae catholica fides et christiana religio patiuntur, optimi principes, praecipua causa sunt ipsi pontifices, qui suas ecclesias sine ullo Dei timore deserunt, qui lupis errantes oves committunt, qui (quod peius est) humana diuinis anteponunt. His enim absentibus abbates, priores caeterique non Siculi modo sed Hispani quoque atque alii, qui ex Dei patrimonio et ecclesiarum redditibus lautiores uiuunt, quicquid sibi superest ecclesiae suae redditus, non Dei quidem ornandis altaribus, non honestis religiosis et Deo seruientibus, non rem diuinam sacraque mysteria celebrantibus, non miseris pauperibus, sed inanibus pompis (o stultitiam non ferendam!), sed lenonibus (o indignum facinus!), sed homicidis (o crimen omni supplicio plectendum!), sed latronibus (o inauditum scelus!) libenter impartunt et profusissime largiuntur, a quibus utinam et alia non fierent multo peiora.

[6] Quare cum dolore conficior, tum etiam pudore dum haec loquor apud uos impediatur, optimi principes, pudet enim uehementer cum sim Siculus doleoque talia referre de Siculis. Quorum mallet quidem pareddicare uirtutes quam dedecus meminisse. Sed nec uos nunc, aequissimi principes, me Siculos odisse putetis, obsecro, quos non inuidia profecto, non odio, non ambitione, quippe qui neque aliorum obtretatione<sup>62</sup> uestram inire gratiam studeo neque falsam mihi laudem quaero, sed patriae<sup>63</sup> charitate summoque compulsus amore apud uos tanquam iustissimos et clementissimos iudices defero, ut uestra erga Dei cultum solita pietate et in omnes populos uestros ingenti uirtute commoti, sicut soletis, maturius honori primum Dei nostri redemptoris, deinde uestrae et illorum saluti pariter consulatis. Ad uos quippe res haec, quae non meam solum sed multorum quoque Siculorum mentem fatigat, nec ad alium quemquam spectare uidetur, amplissimi principes, qui res omnes humanas diligentissime curatis et altius attollitis et diuinas ardentissime colitis summaque ueneratione maiorem in modum semper augetis, qui omnium christianorum non solum ut clementissimi principes, sed ut optimi quoque parentes uiros omnes qui uirtutes et honores sponte sequuntur uehementer amatis et benignissime fouetis et improbos, quos non tam ratio quam uoluntas quo uult impellit, prudentissime iustissimeque corrigitis et castigatis et in ipsa castigatione scelerum suorum poenitentes ad uirtutem, ad recte uiuendum mitissime semper hortamini et pertinaces qui mori quam Christum colere malunt poenis debitis, inspectis legibus, affici iubetis.

[7] Quae quidem res non dubiam mihi spem promittere uidetur magnae quam primum uobis curae fore meam deprecationem, siquidem nemini dubium esse debet uos foelicissimo sydere genitos a Deo optimo máximo diuinis humanisque rebus non solum regnorum uestrorum, sed uniuersae quoque christianitatis ac totius terrarum orbis uelut magnum numen in terris praepositos fuisse qui ex malis hominibus bonos et ex bonis multo meliores faceritis, quod sine dubio quidem res a uobis hactenus gestae diuinitus nobis facillime declarant. Sunt enim et numero plures et magnitudine mirabiles et quas sine numine coelesti nullae quidem uires humanae nullaque mortalium ingenia perficere potuissent. Quare si uestrum alter, omnium uirorum

---

<sup>62</sup> obtretatione A

<sup>63</sup> patriae *corr.*: patria A

regumque fortissimus; altera, regina christianissima praestantissimaque omnium foeminarum est, et uterque Dei semper incensus amore sanctoque adiutus auxilio ferocem Maurorum gentem, qui omnium christianorum principum uel peccato uel negligentia annos circiter octingentos in Hispania nec sine magna omnium Hispanorum contumelia permanserant debellatis ac deuictos ad Christi cultum cognitionemque perduxistis, si uestrorum regnorum prauos haereticos qui falsis hostis illecebris seducti in catholica fide, titubantes a Christo quem pertinaciter abnegabant defecerunt iure sancteque poenis et suppliciis debitis affecistis, si denique Iudaeos impios et immanes qui Christi quem cruci crudeliter affixerunt nomen exsecrantes<sup>64</sup> assidue contumeliis et opprobriis indignissime lacerabant, ex uestris omnibus terris propulistis, uobis quidem non pium solum atque aequum, uerum etiam sanctum et pernecessarium uideri debet, rem hanc quae tota in Dei cultum et honorem et uestrum periculum praecipue uertitur minime negligere. Qua nihil hoc tempore sanctius facere, nihil Siculis uestris tam iuste uobis supplicantibus maius concedere, nihil uobis ipsis praestare salutaris, nihil Deo cui debetis omnia gratius offerre potestis. Hoc igitur inter tot munera quae uel hominibus libenter benigneque largiri soletis, uel ecclesiae Dei pie sancteque quotidie consecrare consueuistis, non in postremis rebus habendum putetis, sed Christi magno amore compulsi negociis omnibus anteponatis. Cuius ecclesiis in Sicilia, modo uolueritis, facile quidem prospicere poteritis, si pastores et omnes pontifices omnium Siciliae ciuitatum qui nunc in Hispania seu alibi commorantur, ad suas ecclesias ire quam primum iusseritis, ut suas oues recognoscant et ab ouilibus suis errare non sinant, ut suae uillicationis unumquemque rationem reddere cogant. Quod nisi mature fecerint, excellentissimi principes, et ipsos quidem pastores indignos sua negligentia et infoelices oues sine custode uagantes, nec sine uestro uel máximo periculo perituras prospicio.

[8] Quapropter mittite –quaeso–, christianissimi principes, in Siciliam pontifices ut si forte quid mali acciderit neque praesules ipsi neque Siculi de uobis queri iure possint neque uos quoque de rebus diuinis minus laborasse uobis ipsis Deoque uideamini. Quod si modo praesules qui uos comitantur, quod ipsorum laboribus et consiliis in gerendis negociis indigetis, a uobis discedere nolueritis, illorum saltem mittite uicarios et ecclesiarum rerumque sacrarum reformatores, qui praesulum uice bonorumque pastorum munere fungantur. Quod, ut faciatis, ego uos primum Dei, deinde meo, postremo multorum Siculorum nomine, qui mihi rem hanc excellentissimae uestrae maiestati praeponendam demandarunt, iterum atque iterum deprecor moneoque, sapientissimi principes. Quam quidem rem, si mentes uestras (ut solet) magnus Dei cultus et feruentissimus amor tangit, ardentissime quidem suscipere debetis et diligentissime curare ne quandoque Deus omnipotens uobis dicere iure possit “domus mea domus erat orationis, uos autem eam latronum speluncam fieri, quamuis admoniti facileque possetis, minime prohibere uoluistis”. Consulite igitur diuino cultui, consulite et conscientiae uestrae quietique futurae et quam pium, quam sanctum opus,

---

<sup>64</sup> exacrantes A

quam Siculis uestris necessarium, quam denique ipsi Deo gratum facturi sitis cognoscite.

[9] Quod eo libentius atque maturius facere debetis, quod hactenus, dum rem hanc uobis nemo significauit, omni quidem culpa uacastis, nunc autem et rem iam cognoscentes et nostris precibus admoniti, nisi statim malis iminentibus et euidentissimis periculis occurratis et omnipotentis Dei rebus et honoribus citius consulatis, non iniuria profecto timere debebitis ne quandoque rei apud dominum uel negligentiae uestrae uel contumaciae rationem reddere compellamini neue Siculis uestris, qui res a nobis sanctissime gestas admirantur et uos ipsos non secus uenerantur in terris quam diuinum numen in coelis adorant, suis uotis et iustissimis precibus ad Christi presertim cultum et honorem spectantibus, minus propicii facilesque fuisse uideamini. Quae res si quando (quod absit) accideret, certe uideretis<sup>65</sup> quam insigni nota uirtutes et laudes uestras, quae plurimae sunt et immortales ac per totum terrarum orbem celebrantur deformaret. Quae si uestram (quod nolim) praeclarissimam uirtutum et rerum gestarum famam perpetuamque memoriam semel inficeret, a uobis nulla quidem diligentia nulloque precio redimere unquam possetis. Sed iam ueror ne uobis, christianissimi principes, molestus ac impudens esse uidear, proptereaquod maiestatem uestram de re tam iusta, tam necessaria, tam denique sancta, quam uos sponte suscepturos omnes arbitrantur, ego uelut importunus et parum prudens tam longo sermone deprecari ausus sum.

[10] Quare finem orandi faciam si prius illud unum maiestati uestrae significauero, uos neque maius ullum neque praestantius beneficium mihi caeterisque Siculis uestris conferre posse, quam si meam apud uenerandam maiestatem uestram deprecationem aliquid habuisse ponderis intelligam uobisque causam hanc curae fore mihi saltem nutu uestro significaueritis. Quod si (ut ego spero et uos iure debetis) mihi receperitis, nimirum Siculos omnes qui mecum tantum munus a maiestate uestra non dubitanter expectant in uestrum cultum et amorem concitabitis. Qui etsi pro tanto tantoque desiderio quaesito beneficio, quod nullis gemmis nulloque thesauro pensari potest, uobis soluendo non sumus, pro uestra tamen nobis optatissima salute uitaque longiori precibus assiduis multis iustisque uotis et quotidianis orationibus Deum redemptorem nostrum et eius genitricem reliquosque coelicolas, qui iustorum et pro iustis effusas preces et uoces exaudiunt, assidue deprecabimur. DIXI.

## II. LVCII MARINEI SICVLI AD FERDINANDUM REGEM ORATIO DE LAVDIBUS HISTORIAE

[1] Magna res est et inestimabilis<sup>66</sup> heroicae uirtutis et rerum bene gestarum memoria quae tenacissimo litterarum complexu perpetuo conseruatur, a eminentissime rex. Earum enim rerum quas olim uiri fortissimi magnifice gesserunt et scriptores clarissimi litteris tradiderunt perutilis ac necessaria cognitio et pergrata iucundaque

<sup>65</sup> uideretis *corr.*: uidetis A

<sup>66</sup> inestimabilis A



narratio mortalibus prodesse plurimum solet, siquidem quum in ueterum scriptorum libris illustrium uirorum res inclite gestas factaque praeclara non ingrata lectione cognoscimus, illorum nimirum uirtutes et laudes insignes admirantes non solum legimus libenter, uerum etiam summis efferimus laudibus et pro nostris uiribus imitari quam maxime contendimus. Quod si magnorum uirorum gloriam consequi non possumus, ex nostro tamen labore non paruum capimus fructum, si quos in magnis rebus aequare non ualemus, eorum saltem uirtutibus nitimur inhaerere.

[2] Quare meo quidem iudicio plurimum debemus antiquis hominibus et qui res praeclaras egerunt et qui rationem posteritatis habentes uel suas uel aliorum res memorabiles nobis scriptas reliquerunt, a quibus nimirum maximas hereditates accepimus et amplissimum patrimonium. Nullus enim nobis esset uitae cultus, nullus ordo rerum, nulla denique praeteritorum temporum cognitio, nisi multis ueterum uirorum monumentis et praeclaris instrueremur exemplis. His enim quid honestum, quid magnificum, quid laudabile sit in uita cognoscimus. Et aliorum nobis perspectis honoribus, ad uirtutem ad labores ad aliquid agendum praeclare laudabili semper emulatione et quasi agitati stimulis excitamur. Praeciosa res est igitur ac potius incomparabilis praeteritarum rerum Latino praesertim excusa sermone narratio quam historiam uocamus, excellentissime princeps. Quae cum sit, ut praedicatur a multis, hominum uitae magistra, temporum testis, custos memoriae, nuncia ueritatis, nimirum magnis principibus et cunctis studiosis hominibus et oblectationis et utilitatis honestae plurimum confert. Cuius quidem pergratis atque iucundis lectionibus ac pene diuinis nec in prosperis unquam rebus nec in aduersis ab officio digredimur, sed omnes potius utriusque fortunae casus pariter ferimus animi semper atque uultus aequabilitate seruata. Magnis itaque laudibus humanae uitae perlucidum speculum celebrari debet historia. De cuius perspicuo fonte uelut ex omnium bonorum uenerabili sacrario summi reges et optimi principes humanitatem, clementiam, iusticiam, prudentiam, consilia caeterasque uirtutes imitantur. Magni duces et strenui milites rei militaris usum et fortitudinem induuntur. Prouinciarum praesides peritiles colligunt ad gubernandum sanctiones. Urbium magistratus et rei publicae gubernatores exempla uirtutis et humanitatis excerpunt. Magnarum demum rerum negotiatores inuiolatam fidem seruare et aliorum societatem et amicitiam colere docentur.

[3] Enim uero nihil est utilius historia, nihil hominibus necessarium magis, illis praesertim qui sunt in excelso rerum fastigio collocati. Nullum est enim uirtutis exemplum, nullum memorabile factum ab orbe condito ad nostram usque tempestatem, quod nobis historia non uelut omnis antiquitatis pulcherrima facies ante oculos ostendat. Instituunt, non inficiunt, hominum uitam pulchre commodeque satis philosophiae sanctissima praecepta, sed multo pulchrius multoque commodius historiae lectiones. Monet illa quidem recte sancteque praecipiens, sed fronte admodum seuera summi boni speciem quandam et angustum callem uiamque difficilem praesefrens a se plerumque nonnullos magnitudine laboris auertit. Exempla uero rerum quae celebrantur historica, siue quod illorum uirtutes et laudes qui talia gesserunt in sublimi et illustri loco sitae cernuntur siue quod a scriptoribus qui et

ipsi quoque magnos honores adepti sunt efficacius explicantur, multo facilius atque libentius amplectimur animisque nostris tenacius inhaerentia firmiter retinemus. Sine quibus hominum uita in multis rerum uarietatibus profecto non tutior esse posset quam nauis amisso clauo fractisque uelis in pelago fluctuanti, siquidem nemo postest praesentia recte disponere, nemo potest prouidere futura nisi qui de praeteritis multa cognouerint. Nunquam igitur satis digne laudari poterit historia, de cuius amplissimo sinu cunctae uirtutes sicut e mari magno fontes omnes oriuntur. Ex quibus tanta quidem studiosis hominibus commoda tantaeque proueniunt utilitates quantas ego uix possum longo sermone complecti.

[4] Nunc itaque multis, quae mihi ad historiae laudem iure spectare uidebantur omissis, illud unum dumtaxat repetam, quod supra memorauimus, historiam rem esse praeclaram atque diuinam et hominibus maxime necessariam. Hac enim ad omnes uitae partes, ad omnes tam publicas quam priuatas actiones frequenter utimur. Hac bona cuncta malaque cognoscimus. Hac illustres homines illustriores fiunt. Hac omnis aetatis gesta referuntur. Hac absentes adsunt. Hac demum, quod omnium maximum est, mortui uiuunt, siquidem uiuunt homines semperque uiuent quorum litteris prodita celebrataque uirtus emori non potest. Quare mea certe sententia Cadimus ille Milesius, qui, ut multi testantur, primus historiam condidit, multo quidem maiori laude dignus uideri debet quam Pharius Giges, qui a nonnullis primam pingendi artem commentus perhibetur. Fuit alioquin peracuta pictoris et satis nobilis inuentio, scriptoris uero diues et perutilis. Variis ille coloribus et penicillo tenuissimas lineas perducens illustrium uirorum partes exteriores et formam corporis refert. Hic autem atramento calamoque et perpetuis carthis uirtutes et animi bona cuncta testatur. Latent illius opera uel tabulis uel parietibus impressa, huius uero perpetuis commissa litterarum monumentis per uniuersum orbem ad omnes gentes deferuntur. Consumit illa uetustas et temporis longitudo sicut et alia multa, haec immortalia sunt et perpetuo manent. Haud enim Alexander Macedonum rex nobis cognitus esset quamuis ab Apelle celeberrimo sui temporis pictore diligenter pingi se curauerit, nisi res ab eo fortissime gestas uel Graece Clitarchus alique Graecorum plures uel Curtius et Arrianus Latine conscripsissent. Viuit igitur Alexander, uiuit Caesar, uiuit Hannibal, uiuunt et alii quam plurimi principes et fortissimi uiri qui sua uirtute rebusque gestis digni uita fuere, uerum tamen non pictura uiuunt, quae est inanis et uacua, non titulis et imagunculis uel argento uel auro percussis, sed sola uiuunt historia, quae quidem eos a mortalitatis iniuria uendicauit.

[5] Quoniam igitur tantum ualeat historia, maxime princeps, cum saepe mihi nuper significasses me tibi rem pergratam esse facturum si de Ioannis Aragonum et Siculorum regis tui patris, uiri fortissimi, uita rebusque gestis aliquid Latine conscriberem, ego quidem et singularem tuam prudentiam et erga patrem insignem debitamque pietatem admiratus, tametsi plane uidebam me non bene praestare posse munus quod exigebas, suscepi tamen onus animo gratum magis quam aequum uiribus, ne si meo diffusus ingenio sanctissimae tuae uoluntati parere recusassem, tanti principis clarissimum nomen et res fortissime gestae penitus ab hominum memoria

recederent et permulta magnarum uirtutum exempla, quae non parum posteris (ut spero) profutura sunt, mea contumacia nefarioque silentio prorsus interirent. Ideoque me totum collegi et (ut tibi cui omnia debeo morem gererem) quid meum praestare posset ingenium experiri uolui. Ioannem itaque Aragonum et Siculorum regem magnanimum, cuius fama praeclara et inclyta rerum gestarum gloria sane in obliuionem declinare iam coeperat, a leti faucibus erui et ad uitam qua dignissimus erat reduxi tibi que restitui, circumspiciatissime rex, ut cum eo plane uiuo atque praesenti cum uoles colloqui possis. De rebus enim eius fortissime sanctissimeque gestis, de moribus optimis, de uitae fere totius instituto, de corporis et animi uirtutibus commentaria quaedam scripsimus. Quae si forte pro rerum gestarum magnitudine ac dignitate uel parum copiose uel minus ornate scripta uidebuntur, aliis nihilominus scriptoribus qui magis ingenio et doctrina ualent ad exequendam plenius historiam materiam subicient, quam si quis uel sua sponte uel te iubente susceperint, profecto dubitare non debbit argumenta rerum omnium quas breuiter summamque perstrinximus esse quam uerissima. In his enim cum alia omnia quae ad scriptoris officium pertinent, tum uero fidem praecipue seruare studuimus adeo ut ornatus quidem magis orationis et dicendi copia quam ueritatis aliquid desiderari posse uideatur.

[6] Tuum est itaque nunc, prudentissime rex, si tibi uidebitur, aliquem uirum ingenio magnum et orthodoxum quaerere, qui et commentaria ista a me tenui fragilique filo contexta in meliorem figuram et ampliorem formam distendat et de rebus a te praeclarissime sanctissimeque gestis que plurimae maximaeque sunt et aeternitate dignissimae magnam componat historiam et immortalia monumenta Latine conficiat, quibus te nepotes (ut par est) et posteritas omnis agnoscat et praesentes atque futuri principes excellentes tuas et immortales uirtutes imitentur, siquidem nemo est hodie nemoque fuit unquam princeps omnium christianorum te uno uita integrior, moribus sanctor, humanitate benignior, iusticia maior, religione perfectior, rebus gestis illustrior, nemo denique cunctis uirtutibus ornatior. Quibus quidem maximis uirtutibus propterea mortales omnes antecedis, christianissime princeps, quia nihil unquam tibi Dei cultu et catholica fide fuit antiquius, in cuius laudem et honorem omnes tuos labores, omnem studium omnemque uigilantiam contulisti. Consule igitur, inuictissimus princeps, honori tuo, consule et Hisabellae tuae olim praestantissimae coniugis, quae quidem una foemina nostris temporibus omnes mulieres omnesque reginas et rerum gestarum gloria et omnium uirtutum praestantia longe superauit, ne tuas igitur et illius uirtutes et res magnifice gestas in obliuione uenire paciare. DIXI.

### III. LVCII MARINEI SICVLI ORATIO AD IOANNEM GOTHOMANVM METHYMNE SIDONIE DVCEM CLARISSIMVM

[1] Quo<sup>67</sup> tuae maiorumque tuorum laudes et egregia facinora mihi notiora fiunt, dux illustrissime,<sup>68</sup> eo quidem diogniora multo uideri solent, quae non inuolui silentio,

---

<sup>67</sup> quo A: quo magis *Carmina*

non<sup>69</sup> Hispanis comendari sermonibus, sed Latinis potius litteris, quibus magnorum uirorum summorumque principum uirtutes illustrari consueuerunt, extolli debeant. Quod ego profecto libentius agere, si me quantum singularis tua uirtus et excellentissimum tuae generosissimae familiae nomen hortantur, tantum mihi quoque dicendi copia suppeteret. Grandes enim res, ut diuus Hieronymus ait, ingenia parua confundunt,<sup>70</sup> quae si quando quicquam supra uires suscipiunt, in ipso statim conatu rei magnitudine uicta succumbunt. Quod meo uix mediocri ingenio futurum prospicio, dux magnanime, si forte tuas uel tuorum progenitorum laudes, quae non modo grandes, sed ingentes quoque sunt et immortales aggrediar.

[2] Nam cuius uel ingenium uel eloquentia, ut tui generis altius initia repetam, Alfonsum illum abauum tuum Gothomani<sup>71</sup> nominis decus amplissimum satis digne laudare queat? Fama cuius gestarum rerum et gloria multos quidem post annos quamuis scriptoribus careat, omnium tamen uelut recens in ore uersatur insignis. Ille enim profectus in Africam<sup>72</sup> maiorem gloriam, maiorem honorem sibi et posteris suis peperit quam Romani exercitus dux<sup>73</sup> olim Scipio, qui Africanus<sup>74</sup> ab Afris<sup>75</sup> domitis cognomen accepit. Ille enim populi Romani nomine et exercitus fama uictoris ac militum multitudine, Poenis<sup>76</sup> absente Hannibale uictis, Carthaginem deleuit. Hic autem solus Hispanus inter plurima Maurorum milia neminem quidem unquam inuenit quem non in omni certaminis genere superauit. Qui non modo singulos electosque Poenos secum congredi ausos, sed etiam plures solus ipse ac non solum uiros fortes, sed feras etiam immanes, quibus saepe per insidias obiectus est, uicit, domuit, occidit.

[3] Quis etiam Henricum<sup>77</sup> proauum excellentissimum comitem dignis laudibus extollat? Qui omnium uirtutum splendore praeclarus pro christiana fide contra Mauros saeuissimos nostrae religionis hostes proficiscens, proh dolor!, apud Calpem procella subito exorta, maris undis obrutus periit. Quas cum effugere potuisset, subiit tamen aliorum saluti consulere conatus, nauicula enim qua ipse uehebatur, multis admissis maiori compressa pondere, fluctibus euicta<sup>78</sup> succubuit. O ingentem uirtutem! O inauditam ducis humanitatem! Qui se uisissimam maluit subire mortem quam militibus immersis solus euadere. Cuius mortis recordatio atque memoria<sup>79</sup> quamuis sine lachrymis in mentem uenire nequit, nos tamen non laetitia minus quam moerore debet afficere, nam si Romanus populus eos foelices ac beatos putabat qui pro patria

<sup>68</sup> dux illustrissime A: illustrissime princeps *Carmina*

<sup>69</sup> non A: nec *Carmina*

<sup>70</sup> grandes...confundunt] Cf. S. HIERON. *Epist.* 60: grandes materias ingenia parua non sustinent

<sup>71</sup> Gothomani A: Guzman *Carmina*

<sup>72</sup> Africam A: aphrycam *Carmina*

<sup>73</sup> exercitus dux A: dux exercitus *Carmina*

<sup>74</sup> Africanus A: aphrycanus *Carmina*

<sup>75</sup> Afris A: Aphrys *Carmina*

<sup>76</sup> Poenis A: Paenis *Carmina*

<sup>77</sup> Henricum A: Henrricum *Carmina*

<sup>78</sup> euicta *Carmina*: uita A

<sup>79</sup> princeps excellentissime *add. Carmina*

belligerantes<sup>80</sup> cum morte uitam commutabant, quanto magis nos Henricum proauum tuum Nebulae comitem fortissimum, foeliciorem beatioremque existimare debemus, qui et pro patria et<sup>81</sup> pro rege et multo libentius pro Christo merens occubuit?

[4] Successit huic Ioannes auus tuus, dux inuictissime, summo quidem fulgore decoratus, quem fama singularis et omnia uirtutum genera commendant, quem sua uel admirabilia opera collaudant, quem cum maiorum suorum, tum uero suae uirtutes<sup>82</sup> et res animosissime gestae nimis illustrant. Quare dum eius nobilitatem summamque munificentiam et caeteras animi uirtutes dotesque naturae contemplor, dignus mihi quidem uidetur ut eius memoria et nomen amplissimum iure laudetur ac celebretur ab omnibus. Cuius liberalitas<sup>83</sup> Titi<sup>84</sup> Vespasiani<sup>85</sup> liberalitatem certe, si non excessit, aequauit. Hac itaque munificentia omnium et gratiam et amorem promeruit, hac Gothomanorum domui plurimum claritatis<sup>86</sup> accessit, hac Hispaniae totius populis et praesertim ciuibus Hispalis colebatur.<sup>87</sup> Quantum nanque omnibus charus fuerit,<sup>88</sup> cum a uita discessit perspectum est. Nemo enim funus eius sine moerore, nemo sine lachrymis prosequutus est. Quam ob rem etsi iam pridem<sup>89</sup> discessit a uita, uiuit tamen semperque uiuet. Illius enim et nomen ingens et uirtus insignis extincta non est, quae uelut immortalis omnium ante oculos uersatur semperque uersabitur.

[5] Occurrunt praeterea mihi et patris Henrici laudes, quae quo sunt recentiores eo minus quidem silentio dignae uideri debent. Hic enim cum multis rebus fortiter gestis, tum una quidem laude cunctos mortales longe superauit, quum ad Rodoricum ducem Gaditanum a Mauris obsessum Alhamam propriis pecuniis, magno comparato subsidio, profectus est. Qua in re et ingentem liberalitatem et humanitatem singularem et pientissimum atque sanctissimum animum erga fidem catholicam et christianae cultum religionis ostendit. Conuocatis enim militibus ex Bethica prouincia fere tota publicis praeconum uocibus cunctis liberalissime stipendia largissimeque persoluit et contra Mauros christianae fidei hostes infestissimos Alhamam statim profectus Rodoricum Gaditanum ducem sibi ex longo tempore inimicum fortiter sancteque defendit. O admirabilem uirtutem! O facinus diuinis laudibus extollendum! Nam si cuncta ueterum monumenta reuolueris, nihil omnino reperies quod possis huic laudi uel gloriae comparare, quae uel sola cunctas omnium mortalium laudes et res fortissime gestas longe superasse ab omnibus creditur. Quae quidem res me prorsus facit ambiguum cui potissimum Granatensis uictoriae gloria debeatur.

<sup>80</sup> belligerantes *Carmina*: belligerentes A

<sup>81</sup> et *add. Carmina*

<sup>82</sup> uirtutes *Carmina*: uirtutis A

<sup>83</sup> ut eius innumeras laudes omittam *add. Carmina*

<sup>84</sup> Titi A: Titi quidem *Carmina*

<sup>85</sup> Vespasiani *Carmina*: Vaspasiani A

<sup>86</sup> claritatis A: uerae claritatis *Carmina*

<sup>87</sup> Hac...colebatur A: hac denique uel a cunctis Hispaniae totius populis et praesertim ciuibus Hispalis mirum in modum colebatur *Carmina*

<sup>88</sup> facile quidem *add. Carmina*

<sup>89</sup> iam pridem A: iamdiu *Carmina*

[6] Accedis tu, magnanime dux,<sup>90</sup> tantis digna progenitoribus soboles, nulla ex parte eorum laudibus inferior. Quare, ut superius ostendi, si quantum me tua uirtus hortatur, tantas mihi uires eloquentia praestaret, etsi non quibus dignus es, te tamen quibus possem, dux insignis, laudibus prosequeretur. Sed cum ingenii mei uires non ignorem et animi tui excellentiam considerem, de ea prorsus tacere melius duxi quam pauca dicere. Quis enim tanta dicendi copia praeditus est et doctrina qui non uirtutis tuae splendore superetur?<sup>91</sup> Noui nanque quantum moribus integerrimis, quantum uitae sanctimonia, quantum religionis christianae nomine et operibus caeterisque uirtutibus polleas. Quod tum aliis in rebus semper, tum uero post patris tui obitum multo clarius cognosci potuit. Tunc enim quam iustus, quam pius, quam denique sanctus esses ostendisti, statim nanque et omnibus domesticis, qui et in tuo et in patris fuerant famulatu, liberali magnoque animo satisfacisti. Tum quoque et tibi atque his qui apud te uiuere erant, optimos mores et uiuendi ordinem composuisti sanctissimum. Cum itaque tot tantisque uirtutibus cultus uidearis, in dies te profecto multo maiora<sup>92</sup> et egregia facinora facturum omnes existimant. Cum igitur ita uiuas, ita te geras, nemo quidem<sup>93</sup> dubitat te multo maiora relicturum posteris ea uirtutis exempla, quae non parua ab decessoribus<sup>94</sup> tuis accepisti. Tuae enim laudis futurae iamdiu magna signa dedisti, tum aliis temporibus, tum uero maxime cum in Africam classem et magnum armatorum numerum contra Mauros, christiani nominis hostes, amore nostrae religionis accensus traicere iussisti. Qui tuo dicto libenter audientes, cum per angustum mare traiecissent, captam Melillam uallo confestim fossaque muniuerunt et ab irruentibus undique Mauris et acriter oppugnantibus strenuissime defendere. Quod uersiculis quibusdam uirtutis tuae nouitate commotus delibauit,<sup>95</sup> quos si generosissimo tuo animo satisfacisse perspexero, maiori quidem cura atque diligentia deinceps tuas et maiorum tuorum laudes aggrediar. Nam etsi uel doctrinae uel ingenio diffido plurimum, magnanime dux,<sup>96</sup> me tamen singularis tua uirtus et meus in te non mediocris amor et obseruantia cogunt, ut tuas res magnifice gestas sermone uel inculto potius referam quam prorsus intactas relinquam. Me enim cum alia tua facta, tum uero quae nuper egisti uehementer hortantur.

[7] Quis enim munificentiam qua uel antea saepe uel etiam qua Ferdinando rege et Helisabe Regina Hispalim ex Granata uenientibus usus es non summis efferat laudibus? Quos ingredientes non dicam quanto fulgore, quanta tuorum equitum multitudine comitatus fueris, tacebo etiam quo deinde apparatu, quibus uel regalibus epulis non solum regem ipsum et utramque reginam, id est, nostram et Parthenopeam, sed cardinalem quoque aliosque proceres complures excepisti. Quos post lautissima et

---

<sup>90</sup> dux A: princeps *Carmina*

<sup>91</sup> superetur A: superaretur *Carmina*

<sup>92</sup> multo maiora A: magna *Carmina*

<sup>93</sup> quidem A: hercle *Carmina*

<sup>94</sup> decessoribus A: antecessoribus *Carmina*

<sup>95</sup> clarissime princeps *add. Carmina*

<sup>96</sup> dux A: princeps *Carmina*

plurium dierum conuiuia non nisi maximis praeciosissimisque donatos muneribus dimisisti. Transibo insuper silentio animi tui fortitudinem quam contra Mauros in Langeronae oppugnatione non paruam quidem ostendisti, cuius expugnatio cum et obstinatione roboreque hostium et asperrima loci natura difficillima ac diuturna uideretur, tu tamen animo inuicto ad omnia pericula et hostiles impetus omnium primus occurristi, cuius praesentia et christianis additus et Mauris ademptus est animus. Accedit tantis uirtutibus una, dux excellentissime, qua quidem potes inter omnes Hispaniae proceres non immerito gloriari: solus enim tu liberales disciplinas et ingenuas artes colis et earum studiosos foues. Accipe igitur, uir illustrissime, parua Siculi munuscula quae etsi cum amplissima tua dignitate atque excellentia comparanda non sunt, tibi tamen gratissima fore non dubito, cum ab animo tibi deditissimo missa cognosces. Vale, Hispaniae gloria et decus amplissimum ac Siculum tuum esse semperque futurum sine dubio credas. DIXI.

#### IV. LVCII MARINEI SICVLI ORATIO AD RODORICVM PEMENTELLVM BENAVENTI COMITEM MAGNANIMVM

[1] Magnam ac praecipuam hominum curam atque diligentiam esse,<sup>97</sup> Rodorice comes illustris, ut erga maiores deque se bene meritos animum habeant non ingratum, et sapientes sanctissime docent et ratio ipsa uirtutum omnium genitrix rectissime commonet. Quid enim antiquius, quid laudabilius,<sup>98</sup> quid denique sanctius esse potest homini politico praesertim et non indocto quam dare operam ut suum a nemine iure desiderari possit officium? Quod si quis aut ingratitude aut negligentia praetermittat, is quidem non humana solum uerum etiam diuina uiolare iura non immerito existimatur, siquidem crimen uel maximum est nec a religione nostra magis alienum nec homini minus conueniens nec rationi quicquam contrarium magis uideri potest quam non et obsequium praestare maioribus et de se bene merentibus non satisfacere uel<sup>99</sup> si satisfieri non possit, habere tamen satisfaciendi uoluntatem. Perpauci enim mortales in alios uel honores uel officia conferrent nisi eos ipsos de quibus bene merentur, si minus gratiam relatores, saltem non ingratos<sup>100</sup> fore putarent. Ingratitudinis ergo culpa, quam ego non secus ac scelus impium summumque nephas semper existimaui, comes insignis, ne quandoque mihi iure obiici posset omni cura summoque studio semper uitare contendi. Ideoque cum olim Salmanticam uersus proficiscens ad te salutatum Benauentum diuertissem, tuque me pro carminibus quibus tuas magnificas aedes et illustres decantaueram tua munificentia sigulari et immensa animi tui liberalitate non nisi donatum magno munere dimisisses, tum quidem statim mihi tua uel maxima uirtute perspecta cogitare coepi qua in re animum meum non ingratum posses agnoscere. Quum te igitur adire statuissem, mecum muneris aliquid

<sup>97</sup> esse A: esse debere *De laudibus*

<sup>98</sup> quid laudabilius A: quid proprius *De laudibus*

<sup>99</sup> uel *De laudibus*: ue A

<sup>100</sup> ingratos *De laudibus*: ingratus A

afferre tanquam Parthorum regem salutaturus uehementer optabam. Caeterum cum mihi<sup>101</sup> omnia munerum genera deessent (gemmis enim et auro caeterisque rebus quae a magnis uiris ac diuitibus largiri solent carebam, quae licet habuissent, te tamen iis habundare non ignorabam), ad litterarium munus, quod mihi labor et ingenium comparauerat, confugere coactus sum, ratus te pro animi tui magnitudine laudes perpetuas et immortalitatis dona pluris facturum, quam illa omnia uana et fortunae omnibus telis obiecta.

[2] Scripsimus itaque opus *De Hispaniae laudibus* quod tuo uel amplissimo nomini dicatum tibi, magnanime comes, offerimus. Quod si non tibi<sup>102</sup> tua praestantia<sup>103</sup> et excellentia dignum uidebitur, existimare debebis me non ita fuisse rationis expertem ut te digne laudatum operis nostri dedicatione crediderim, sed ut animi gratitudinem ostenderem, id operis tibi meosque labores (quum nihil aliud habuerim) dedicare uoluisse,<sup>104</sup> tametsi spero, comes illustrissime, munus hoc nostrum tibi fore non ingratum, nam si recte quidem consideretur, ad tuam fortasse dignitatem et amplitudinem uidebitur pertinere. Sicut enim sapientes olim et Orientis<sup>105</sup> Magi sydere ducti nascentem Christum adoratum uenientes ei munera auri, mirrhæ ac thuris obtulerunt, quae summo et aeterno deo conuenire ac digna esse uidebantur, ita et ego (quod tibi, comes insignis, maxime conueniret atque tua singulari excellentia dignum uideretur) litterarum munus elegi, quo tuae quae plurimae sunt et immortales uirtutes ac laudes ad uniuersas orbis partes deferantur, praedicentur (ut par est) et apud externos populos Latino sermone notiores fiant. Tu enim solus es (aliorum pace dixerim) inter omnes Hispaniae uiros illustres, quem quisque, nisi liuore fuerit impeditus,<sup>106</sup> summis laudibus extollere, colere et tanquam numen aliquod obseruare magnopere debeat. Longe nanque tu, comes magnanime, non Hispanos modo, sed aliarum quoque nationum mortales nobilitate, fortitudine, constantia, prudentia, consilio, munificentia caeterisque uirtutibus antecedis.

[3] Ea enim bona consecutus es, quae pauci mortales adepti sunt, quippe qui fortunae, ingenii, corporis et naturae dotes te ipsum ditiores illustrioremque faciunt. Primum quippe munus tibi deus optimus maximus largitus est, quod es iis parentibus ortus qui te non solum nobilitate generis illustrarunt, uerum etiam suis quam optimis moribus et magnificis exemplis adornarunt. Magni enim interest quibus quisque parentibus natus sit, quibus moribus educatus. Plures nanque uidemus quibus uel imbecillitate naturae uel parentum negligentia prauus magis corporis appetitus quam diuina ratio dominatur. At tu summis et illustribus ortus parentibus et diligenter educatus omnia quae et corpori uoluptati et animae detrimento esse possunt aspernatus, ea dumtaxat quibus uirtutis honores et aeternae gloriae laudes comparantur studiosissime sectaris. Qua in

<sup>101</sup> mihi...deessent A: me...deficerent *De laudibus*

<sup>102</sup> quod si non tibi A: quod si tibi non *De laudibus*

<sup>103</sup> praestantia *De laudibus*: praestentia A

<sup>104</sup> uoluisse A: noluisse *De laudibus*

<sup>105</sup> Orientis *De laudibus*: Orientes A

<sup>106</sup> impeditus *De laudibus*: impeditas A



re tuorum quidem maiorum singularem illam quam te docuerunt excellentiam et uiuendi mores elegantissimos ostendis atque illud Horatii poetae pulcherrime dictu optime confirmas:<sup>107</sup> “Nec columbas aquilae nec damas generant leones”.<sup>108</sup> Deinde te<sup>109</sup> quoque cum ipsa natura et labor assiduus tum etiam plurimum iuuat ingenium, adeo ut quaecumque tibi fuerint a parentibus relicta, non modo conseruaris, sed tua quoque militari summa uirtute et ingenio singulari maiorem in modum semper auxeris. [4] Per te enim Pementellorum domui atque nomini plurimum claritatis accessit. Largita est denique tibi ipsi natura quandam etiam corporis excellentiam et praestantem pulchritudinem, qua te alios praestare dubitare non debes. Non immerito igitur, munificentissime comes, his perornatus muneribus et naturae dotibus, quae paucissimis contigisse mortalibus arbitror, antonomasiae, hoc est excellentiae, tibi nomen comparasti, nam quum in Hispania comes dumtaxat sine nominis additione dicitur, te ipsum per antonomasiam, id est, per excellentiam, significari nemo est qui ambigat, ueluti quum apostolum dicunt, Paulum; quum doctorem, Thomam; quum philosophum, Aristotelem; quum poetam, Virgilium; quum oratorem, Ciceronem intelligimus.<sup>110</sup> Quam ob rem si uiris excellentibus Italia caeteraque nationes gloriantur, nostra tamen tempestate quum caeteris plurimis quos in hoc opere nostro legendo cognosces, tum uero te uno gloriari magis Hispania potest. Non enim te superasse animi robore atque magnitudine crediderim duos illos Scipiones qui fortiter Hispania ceciderunt. Nec tua Lucii Quincii Cincinati, nec Papirii militarem uirtutem maiorem putauerim. Immo tuam Quinti Fabii constantiam longe praestantiorum esse mihi persuadeo. Tuam praeterea animi moderationem Valerii Publiculae atque Furii Camilli moderationi praeponendam esse quis dubitat? Tua insuper immensa liberalitas atque animosa munificentia cuius liberalitatem non uincit? Adeo enim hac uirtute tuus inuictus ac generosus animus effulget, ut non Fabium solum Maximum et Quintum Considium atque Titum Quintum Flaminium [sic] Romanos, sed duos quoque Siculos, illos Hieronem Syracusanum et Aggrigentinum Cassium longe superasse uideare. [5] Quid praeterea de rebus tuis sapientissime fortissimeque<sup>111</sup> gestis commemorem? Quippe qui in re militari belloque gerendo et prudentia et fortitudine singulari semper usus es. Quid denique de tuis muneribus referam? Quae tum plurima, tum amplissima per multis largiri solitus es. Quantum autem hac animi magnitudine superas omnes Hispanos prouerbio illo intelligi potest: “alii enim capto passere conteti uolantem uulturem persequi nolunt”, tu uero, cuius mens altior altiore semper ascendere locum contendit, passere neglecto uulturem uolantem altius ueluti nobilissimus accipiter affectas. Caedant ergo tibi, comes illustris, omnes Hispaniae proceres ac non cedant solum, sed etiam tibi se plurimum debere fateantur, per te nanque illorum uirtus nunquam delebitur, nec homines tantum Hispaniae se tibi debere fateantur, sed ipsa

<sup>107</sup> confirmas *De laudibus*: confirmans A

<sup>108</sup> nec columbas...leones] Cf. HOR. *carm.* 4, 4, 31: neque inbellem feroces/ progenerant aquilae columbam

<sup>109</sup> te *om. De laudibus*

<sup>110</sup> intelligimus *De laudibus*: intellimus A

<sup>111</sup> fortissimeque *De laudibus*: fortissime A

quoque uniuersa fateatur Hispania, quae non modo tuis illustrior uirtutibus facta est, uerum etiam tua causa eius laudes litteris a nobis celebratae fuere. Accedit huc, excellentissime comes, ut me dum tibi seruiio et obsequim praesto, Ferdinando quoque regi et Hellisabae reginae, nostris christianissimis principibus, rem gratissimam fecisse credam. Illorum enim res fortissime gestas et gloriam immortalem ac Hispaniae omnia memoratu digna summam litteris delibauimus. Omnes itaque et qui nostris laboribus commendantur et qui ex opere nostro fructus aliquid percipient, hoc totum tibi uni uiro magnanimo et uirtutis amantissimo acceptum referant.

[6] Ego enim etsi me magna rerum Hispanarum foelicitas ad ascribendum hortabatur ne solum tam<sup>112</sup> foelix et uirorum facta illustria iacerent in tenebris, ut tibi tamen ipsi satisfacerem et obsequium praestarem, hanc scribendi prouinciam et supra uires onus assumere non dubitauim. Quare si quid omisisse uidebar quod scribendum fuerat, abs te primum, benignissime comes, deinde a caeteris omnibus me uenia dignum existimaui uelim. Nam etsi hanc operis partem aedidimus efflagitatione multorum, non tamen ascribendo manum omnino reduximus, diligenter enim quaecunque scribenda sunt requiram et studiose conscripta tuo iterum clarissimo nomini dicabo. Quare plenius opus non multo post a nobis, comes insignis, expectato in quo illorum medebor doloribus qui a nobis se neglectos fuisse fortassis existimant. Accipe nunc igitur laeto uultu nostrorum laborum primicias et munuscula quaedam, uir insignis et Hispaniae decus amplissimum, quae etsi cum tua uel amplissima dignitate atque excellentia comparanda non sunt, tu tamen pro animo tuo magno et excelso mittentis affectum et animum tibi deditissimum spectare debebis. Fac igitur ut tibi munuscula nostra grata fuisse, illustrissime comes, intelligamus et operi nostro inuidere possimus, quod tanti uiri praestantia ac maiestate<sup>113</sup> fruatur.

[7] Illud enim hac de causa primum foelix existimo: quod sub tuo clarissimo nomine aeditum prodiit in lucem quodque primum tuis manibus excipietur et in illam pulcherrimae tuae domus Benauenti bibliotecam reponetur. Quod etsi sensu et anima caret, mirum in modum tamen laetabitur quum legetur abs te in quo cumulate sunt omnia quae in summo ac perfecto uiro esse debent. Admirabitur itaque primum uenerandam maiestatem et grauitatem tuam, deinde uero humanitatem, clementiam, benignitatem, continentiam et liberalitatem cognoscet. Contemplabitur quoque maximas res tuas domi forisque gestas, intuebitur insuper praestantem illam tui corporis proceritatem atque oris dignitatem et pulcherrimam formam. Videbit etiam clarissimam tuam subolem et marchionem filium tuum Hispaniae pulcherrimum iuuentutis. Intelliget denique te talem qualem esse decebat eum uirum cui Ferdinandus et Hellisabe Hispaniae Siciliaeque christianissimi principes omnium rerum suarum et regnorum curam ueluti moderatori prudentissimo fidissimoque demandarent. Vale, comes excellentissime, spes bonorum certissima et Hispaniae decus amplissimum. DIXI.

---

<sup>112</sup> tam *De laudibus*: tum A

<sup>113</sup> maiestate A: magestate *De laudibus*

**Obras citadas**

- Alcina, Juan Francisco. "Poliziano y los elogios a las letras en España (1500-1540)." *Humanistica Lovaniensia* 25 (1976): 198-222.
- Avalle Arce, Juan Bautista, ed. Gonzalo Fernández de Oviedo. *Batallas y quinquagenas*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 1989.
- Calderón Ortega, José M<sup>a</sup>. *El ducado de Alba. La evolución histórica, el gobierno y la hacienda de un estado señorial (siglos XIV-XVI)*. Madrid: Dykinson, 2005.
- Castrillo Márquez, Rafaela. "Melilla bajo los Medina Sidonia a través de la documentación aún existente en la Biblioteca Real de Madrid." *Anaquel de Estudio Árabes* 11 (2000): 171-89.
- Clemencín, Diego. *Elogio de la Reina católica Doña Isabel*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1821. 607 y ss.
- Codoñer, Carmen. *Evolución del concepto de Historiografía en Roma*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 1986.
- Devis Márquez, Federico, ed. Pedro Barrantes Maldonado. *Ilustraciones de la casa de Niebla (1537-1573)*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1998.
- Iglesias Tais, Manuel, & Antonio Flores Muñoz. *Catálogo de Incunables e impresos del siglo XVI de la Biblioteca Pública de Córdoba*. Córdoba: Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, 1986.
- Jiménez Calvente, Teresa. "Epístola." *Enciclopedia Universal Multimedia Micronet*. Madrid: Micronet, 1997/1998.
- . "Teoría historiográfica a comienzos del siglo XVI." En Alfredo Alvar ed. *Imágenes históricas de Felipe II*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2000. 197-215.
- . *Un siciliano en la España de los Reyes Católicos. Los Epistolarum familiarium libri XVII de Lucio Marineo Sículo*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2001.
- . "Las *Epistolae illustrium Romanorum ex antiquorum annalibus excerptae*: un manual de epistolografía." *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos, 2002. 3: 333-34.
- . "La *Oratio ad Alfonsum Aragoneum de laudibus et pontificatus et regni diligentissime eius gubernatione* de Alfonso Segura, discípulo aventajado y escritor en ciernes." *eHumanista* 5 (2005): 48-95.
- Lawrance, Jeremy N. H. *Un tratado de Alonso de Cartagena sobre la educación y los estudios literarios*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 1979.
- Liere, Katherine Elliot van. "Humanism and Scholasticism in Sixteenth-Century Academe: Five Student Orations from the University of Salamanca." *Renaissance Quarterly* 53 (2000): 57-107.
- López de Toro, José, ed. Alfonso García Matamoros. *Apología "pro adserenda Hispanorum eruditione"*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1943.

- Maestre Maestre, José M<sup>a</sup>. “La *Divinatio in scribenda historia* de Nebrija.” *Euphrosyne* 23 (1995): 141-73.
- . “Humanismo y censura: en torno al *Opus de rebus Hispaniae memorabilibus* de Lucio Marineo Sículo.” *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos, 2002. 213-64.
- . & Mercedes Torreblanca López. “Descubrimiento de un manuscrito en la Iglesia de Santa María la Mayor de Alcañiz con la traducción al castellano de 1511 de la biografía de Juan II de Aragón compuesta por Lucio Marineo Sículo.” En José M<sup>a</sup> Maestre Maestre, José Pascual Barea & Luis Charlo Brea, eds. *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Prieto*. Alcañiz-Madrid: Instituto de Estudios Humanísticos-CSIC, 2009. 3: 1177-1222.
- Margolin, Jean Claude, ed. Erasmo. *De conscribendis epistolis*. Amsterdam: North Holland Publishing, 1971.
- Marineo Sículo, Lucio. *De Hispaniae laudibus*. Burgos: Federico Biel de Basilea, ca. 1496.
- . *Epistolae illustrium Romanorum ex antiquorum annalibus excerptae*. Burgos: Federico Biel de Basilea, 1497 y 1498.
- . *Carmina et epistolae*. Sevilla: Meinardo Ungut-Estanislao Polono, ca. 1499.
- . *Epistolarum familiarium libri decem et septem. Orationes quinque. De Parcisi liber unus. Repetitio de uerbo fero et eius compositis liber unus. Carminum libri duo*. Valladolid: Arnao Guillén de Brocar, 1514.
- . *De rebus Hispaniae memorabilibus*. Alcalá de Henares: Miguel de Eguía, 1530 y 1533.
- Martín Baños, Pedro. *El arte epistolar en el Renacimiento europeo, 1400-1600*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2005.
- Murphy, J. J. *La retórica en la Edad Media. Historia de la teoría retórica desde San Agustín hasta el Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.
- O'Malley, John W. *Praise and Blame in Renaissance Rome: Rhetoric, Doctrine, and Reform in Sacred Orators of the Papal Court, c. 1450-1521*. Durham: Duke University Press, 1979.
- . “Contenido y formas retóricas en tratados del siglo XVI sobre predicación.” En James J. Murphy, ed. *La elocuencia en el Renacimiento*. Madrid: Visor, 1999. 283-99.
- Pontón, Gonzalo. *Correspondencias. Los orígenes del arte epistolar en España*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.
- Ramos Santana, Carmen. *Los Carminum libri duo de Lucio Marineo Sículo: introducción, edición crítica, traducción anotada e índices*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 2000.
- . “Consejos de Gramática a la mujer renacentista en el epistolario de Marineo Sículo.” En Eustaquio Sánchez Salor, Luis Merino & Santiago López Moreda,

- eds. *Actas del Congreso Internacional sobre la Recepción de las Artes Clásicas en el siglo XVI*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1996, 155-59.
- Ramos Santana, Carmen. "Una obra ignorada de Lucio Marineo Sículo: la edición de 1497 de las *Epistolae illustrium Romanorum*, una antología de cartas y poemas." En F. Grau i Codina et al., eds. *La Universitat de València i l'humanisme: "Studia Humanitatis" i renovació cultural a la Europa i al nou món*. Valencia: Universidad de Valencia, 2003. 567-74.
- Ribera Martín, José Ramón. *Estudio filológico sobre 'De rebus hispaniae memorabilibus Libri I-V' de Lucio Marineo Sículo*. Tesis Doctoral Inédita. Universidad Complutense. 2003. <http://eprints.ucm.es/tesis/19972000/H/3/H3071001.pdf>.
- Rico, Francisco. "*Laudes litterarum*: Humanismo y dignidad del hombre en la España del Renacimiento." *Homenaje a Julio Caro Baroja*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1978. 895-914.
- Serrano y Sanz, Manuel. "Discurso en favor de las Estorias por Gonzalo Garcia de Santamaria. [Dedicatoria de la "*Vida de D. Juan II de Aragón* publicada sin esta introducción en la col. de doc. inéditos para la Historia de España]." *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* 9 (1903): 460-64.
- Tate, Robert Brian. "Marineo Sículo y Gonzalo García de Santamaría." *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*. Madrid: Gredos, 1970. 249-62.
- Verrua, Pietro. *L'eloquenza di Lucio Marineo Siculo*. Pisa: F. Mariotti, 1915.
- . *Lucio Marineo Siculo (1444-1533?)*. S. Gabriele di Teramo: Eco, 1984. 298-322.